



## ESTUDIOS HISTÓRICOS.



Visita de Amalfi, copiada del natural.

### OCHO DIAS DE REINADO

#### O LA VERDADERA HISTORIA DE MASANIELLO.

Autres temps niemes moeurs.

El nombre de Masaniello se ha repetido tanto, y sus hechos han aparecido con frecuencia tan desfigurados, que hemos creído oportuno publicar su historia, en la que nuestros contemporáneos encontrarán peripecias muy dramáticas y lecciones provechosas. Los hombres se asemejan en los climas mas opuestos y en las diversas épocas, y el mayor castigo que puede imponerse á los supuestos novadores que trastornan el mundo, es probarles que no inventan nada, y que no hacen mas que copiarse unos á otros, sin provecho

25 de Junio de 1853.

alguno para nadie, ni aun para ellos mismos. Jamás se vió tan palpable esta moralidad como en la vida y muerte de Masaniello.

I.

LAS DOS MARÍAS.

Era el año de 1647, cuando la dominación española pesaba todavía sobre el reino de Nápoles: desde Gonzalo de Córdoba, la raza conquistada no habia cesado de atentar contra los conquistadores. Solo con la fuerza de las armas podian los vireyes tocar á los privilegios de la nobleza y á las franquicias del pueblo: cada tributo que se imponía ó res-tablecia era la señal de una insurreccion; y el mismo Carlos V para apaciguar á Nápoles, se vió precisado á otorgarla inmunidades peligrosas. Al gobierno paternal del duque de Medina, sucedió la señera administracion de Ponce de Leon, duque de Arcos. Destronado en Portugal, y amenazado en

Tomo XI. 16



Cataluña, el rey de España, Felipe IV, confió dos misiones al duque de Arcos: 1.<sup>a</sup> defender con vigor y energía sus estados de Nápoles contra Luis XIV y Mazarino; y 2.<sup>a</sup> sacar de aquellos estados, que conocía se le escapaban de las manos, cuantos recursos pudieran suministrarle en hombres y en dinero.

En su consecuencia el virey aumentó considerablemente el número de reclutadores, cobradores ó recaudadores de contribuciones, y el de la fuerza destinada á perseguir el contrabando: entonces comenzó el drama, cuyo prólogo es el siguiente:

Acababa de declinar un caluroso día de verano, y el hermoso mar de Nápoles dormía suspirando al resplandor de los últimos reflejos del sol. Los nobles, la clase media y el pueblo, iban á buscar el fresco de la noche á las colinas ó á la ribera. Otros, al oír el toque de oraciones, se dirigían á una iglesia, y se prosternaban ante la venerada imagen de una Virgen.

Entre estos marchaba una joven radiante de hermosura, aunque vestida pobremente con el traje de las aldeanas de Puzzoli. Llevaba en su delantal frutas magníficas, la mas rica ofrenda que la permitía su condicion. Cuando llegó al frente de la iglesia del Cármen, miró los preparativos que se hacían para la fiesta de la Virgen, y luego entró en el lugar santo formando la señal de la cruz. La nave estaba ya oscura y casi desierta: la joven avanzó hasta los pies de una imagen de Nuestra Señora que tenía un vestido con mucho oro, plata y pedrería, y que estaba embalsamada con flores, y rodeada de ofrendas colocadas allí por la piedad de los peregrinos.

Cuando hubo rezado de rodillas el rosario, besó el manto, las cintas, las velas y todo lo que pudieron alcanzar sus labios: luego colocó con mucho tiento la frutas en la peana de la imagen, y por último, levantando los ojos hacia ella, y cruzando las manos con el mayor fervor:

—¡Oh Virgen Santísima!... dijo á media voz, protegéd á Tomás Aniello y libradle de todo peligro...

Solo entonces, al volverse para salir, vió que no se hallaba sola delante de la sagrada imagen.

Otra joven llevaba tambien su homenaje á la Virgen, pero se diferenciaba mucho de la amable puzzoliana. Tenía el aire noble y magestuoso de una princesa, un adorno ó tocado de corte deslumbrador, diamantes en los dedos, en los brazos y en los orejas, en la cabeza un sombrerillo con flores, plumas y terciopelo, y sobre los hombros, un manto de seda colocado con suma elegancia: su hermosura eclipsaba tantos adornos. Tal era la desconocida á quien parecia que nada faltaba en la tierra, y que sin embargo, imploraba á María con el mismo ardor que la aldeana.

Su ex-voto, tan brillante y gracioso como su persona, se componía de una rosa admirable con dos capullos que ofrecía á la Virgen y prendía en una de las puntas de su manto.

Intimidada al ver semejante peregrina, la puzzoliana la saludó ruborizada, é iba á retirarse para dejarla sitio, cuando la hermosa desconocida, deteniéndola con un gesto lleno de gracia y de candor, la dijo con voz temblorosa:

—¿Es esta la Virgen del Cármen, la patrona de las jóvenes prometidas?

—Sí, señorita, y la de los jóvenes esposos.

—¿Crecis en su proteccion?

—Todas mis esperanzas las cifro en ella.

—¿Quereis orar conmigo?

Aquella peticion la hizo con tanto dulzura y amabilidad, que era imposible no acceder á ella.

—Con mucho gusto, contestó la aldeana, ¿mas por quién?

—Por dos pobres corazones separados, que solo serán felices uniéndose.

—¿Cómo os llamais, señorita?

—María.

—¡Oh! tanto mejor... somos hermanas delante del cielo. ¿Recomendais á nuestra patrona á vuestro prometido?

—A mi esposo desde hace un mes.

—¡Dichosa joven! (la desconocida la estrechó la mano). Pues bien, supliquemos á la Virgen que me haga tan feliz como vos.

La confianza se establece bien pronto en los corazones de veinte años: las dos jóvenes se habian comprendido al través de una lágrima. Ambas se pusieron de rodillas delante de la imagen, y su oracion subió hacia la Reina de los ángeles, tan pura como el perfume de la rosa que deponían á sus pies...

—Ahora, dijo la puzzoliana levantándose, para que vuestra súplica sea benignamente acogida, es necesario que vengais aquí nueve tardes consecutivas...

—¡Ay! no puedo, porque salgo de Nápoles mañana, contestó suspirando la desconocida... prometedme hacer esa novena por mi intencion...

—Os lo prometo, respondió la humilde muger con tanto abandono, que la otra la alargó los brazos.

—Sois muy bondadosa, y la Virgen no os debe rehusar nada!... Luego, como poseída de una inspiracion divina, la desconocida añadió:

—Si hablándoos desde el fondo de ese nicho, la Virgen os dijera en este momento.—¿Qué quereis de mí? ¿qué favor la pediríais?

La aldeana fascinada, retrocedió mirando á la hermosa joven; creyó ver y oír á la misma María, y contestó cayendo de rodillas.

—Ya sabeis, *Virgen Santísima*, que peligros corre mi marido en Nápoles: dadnos pescas abundantes para rescatar nuestra casita y nuestra heredad de Amalfi, y para vivir allí tranquilos y abrigados como nuestros abuelos.

—¿Cuánto costarian esa heredad y esa casa?

—Doscientos ó trescientos escudos de oro.

—He ahí seiscientos... sed feliz y rogad por mí...

Al decir estas palabras, la desconocida se quitó los pendientes de las orejas, los deslizó en la mano de la puzzoliana y desapareció...

La humilde peregrina creía soñar, miraba los diamantes, y convencida de que aquello era un milagro, volvió á caer á los pies de la imagen.

Al día siguiente por la mañana, una dorada carroza parada delante del palacio del gobernador, y un buque que se hallaba en la rada pronto á partir, aguardaban á la hija del duque de Arcos, que éste enviaba con su madre á España. Oíanse muchos sollozos en la habiatacion de la viagera, que dirigía la despedida de sus lágrimas á un joven que estaba inmóvil debajo de sus balcones. Aquella explosion de dolor concluyó con las graves palabras del virey, y la señora fué conducida desmayada al navio, que inmediatamente se hizo á la vela.

Solo entonces cuando su hija recobró los sentidos, ob-



servó la duquesa que la faltaban los pendiente de las orejas.

Durante todo aquel tiempo, el jóven que habia seguido la carroza de María de Arcos hasta la playa, y á la galera del virey con la vista hasta que se perdió en el horizonte, entregaba á un correo una carta concebida es estos términos:

«A su alteza real Enrique de Lorena, duque de Guisa, en la embajada de Francia, en Roma...

«Ya está echada la suerte, mi querido duque: el virey de Nápoles me ha negado la mano de su hija, y acaba de embarcarla para España con su madre. Así, pues, no mas vacilaciones ni miramientos: voy á desencadenar la revolucion que estaba comprimida... Llegad con la escuadra y el dinero de Mazarino, y encontrareis á los napolitanos prontos á proclamaros rey. Entonces veremos si el duque de Arcos rehúsa todavía por yerno... á vuestro leal primo.

*El marqués de Chatillon.»*

## II.

### LA FELICIDAD FRUSTRADA.

Diez dias despues era la fiesta del Cármen: mientras que la ciudad de Nápoles la celebraba con grande ruido y pompa, una escena dulce y pacífica, una sencilla fiesta de familia, animaba, á algunas leguas de distancia, una casita de Amalfi.

Esta antigua ciudad, en otro tiempo opulenta, es célebre por su comercio con el Oriente, por el descubrimiento de las Pandectas y de la brújula, atribuido á Flavio Gioja, y por la fundacion del convento de Jerusalem, cuna de los hospitalarios de San Juan: esa ciudad entonces decaida y abandonada, no tenia ya mas grandezas que sus recuerdos históricos y su admirable posición á orillas del golfo de Salerno, entre dos montañas, entreabiertas sobre el Vesubio y los Apeninos, y el trasparente mar en donde reflejaban sus puentes y sus arriunados acueductos.

Pues bien, en una de las casas mas modestas, pero mas bonitas que se proyectaban en el golfo, al extremo de la ciudad, dos familias reunidas se preparaban á no formar mas que una.

Componianse aquellas de la linda puzzoliana que ya conocemos, la muger de Tomás Aniello, (ó por abreviatura, Masaniello), sus padres y su hermano, y los padres y la hermana de su marido...

Solo este no se hallaba en el punto de reunion, pero no debia tardar en volver de Nápoles, para donde se habia embarcado por la mañana... porque el verdadero reinado, el de la felicidad doméstica, le aguardaba en el banquete preparado en su ausencia.

Aquella casa era el antiguo hogar de los padres de Masaniello, rescatado con las joyas de la Virgen: (María daba siempre este título á la desconocida de la iglesia del Cármen, cuyo verdadero nombre no sospechaba ella ni nadie).

La jóven habia dedicado la semana á dos cuidados igualmente sagrados: la novena prometida á su bienhechora, y la instalacion de su familia en Amalfi. Merced á su diligencia, al buen tiempo y á su patrona, habia conseguido el doble objeto de su reconocimiento y de su amor. Una hora mas

y Masaniello ya estaria á su lado y su felicidad doméstica le preservaria de las tempestades de Nápoles.

¿Cómo, pues, aquellas borrascas habian alcanzado al pobre pescador y su muger? He aquí esta aventura preludio de tan grande historia. María Aniello, hija de un jardinero de Puzzoli, iba allí con frecuencia á hacer sus provisiones, mientras que su marido pescaba y vendia su pescado. La miseria amenazaba á los esposos, y los derechos de puertas gravitaban hasta sobre su pan de cada dia. Para evitarlos, la puzzoliana imaginó una estratagemma inocente: envolvió en unas mantillas un taleguito de harina que le dió su padre, le sujetó con una faja, y le puso una gorrita de niño, le tomó en sus brazos, y se lisongé de burlar la vigilancia de los guardias y recaudadores. ¿Cómo se habian de atrever á detener y registrar á una madre cargada con su hijo? Pero el fisco se vuelve todo ojos, y no tiene orejas ni entrañas. El muñeco de harina fué descubierto y decomisado por los dependientes encargados de la cobranza de los derechos de puertas, quienes ademas maltrataron á la jóven y la tuvieron presa, hasta que hiciese efectiva una multa de veinte escudos (1).

Este doble golpe abrumó á Masaniello: María era su esposa hacia algunos meses y la idolatraba: á un mismo tiempo la aherrrojaban y la condenaban á morir de hambre! Vendió sus muebles, sus redes, su anillo nupcial, pidió prestado á su familia y á sus amigos, y de este modo pagó la multa y libertó á su muger, pero juró al volver á su casa despojada, odio á muerte al virey y á las gabelas (2). Desde aquel dia, cuando un opri mido pedia socorro, Masaniello era el que acudia en su defensa: cuando una voz insultaba á los españoles y al mismo duque de Arcos, era la voz de Masaniello.

Cuando un orador incitaba á la rebelion á los pescadores, obreros y aldeanos, tambien era Masaniello. Aquel pobre diablo casi adquirió la importancia de un gefe, la dignidad de un rey y la elocuencia de un Demóstenes. Contrabalanceó entre el populacho la autoridad del rey de España y de las Indias. El dia de la festividad de San Genaro, patron de Nápoles, su imágen de plata maciza, y la ampolla que contenia su sangre, debian ser conducidas procesionalmente desde la catedral al altar de Copuano: de repente, la comitiva se vió detenida por un tumulto, y la ampolla y la imágen fueron arrebatadas y disputadas de calle en calle, en medio del mas espantoso desorden. El autor de aquel alboroto era Masaniello. Otro dia, el duque de Arcos estableció un impuesto sobre las frutas, único alimento del pueblo durante el verano. Los hortelanos de Puzzoli, y á su cabeza el cuñado de Aniello, llegaron á las puertas de la ciudad cargados con ciruelas é higos. Los guardas exigieron el impuesto, y los puzzolianos se negaron á satisfacerle: á sus gritos acuden muchas personas, fórmanse grupos y se preparan á comenzar un combate en regla. De repente el cuñado de Aniello se sube sobre un poste, y grita: «Dios nos da la abundancia y el gobierno nos la quita: puesto que no puedo vivir con el producto de mi trabajo, que al menos se aprovechen de

(1) En comprobacion de este hecho y de todos los pormenores curiosos y desconocidos de este episodio, véase el diario de Giraffi, la historia de Rafael de Turris, la de Tommaso de Santis, del conde de Módena, las Memorias del duque de Guisa, los manuscritos de Aquello della Porta, de Capelatro, y sobre todo la excelente obra, *La insurreccion de Nápoles*, publicada últimamente por el duque de Rivas, embajador de España en Nápoles.

(2) En Italia, como en España, se da ese nombre á todos los impuestos sobre los artículos de consumo.



él los pobres antes que los *gabeleros!*» Y vaciando sus cestas llenó el suelo de fruta: los muchachos se arrojaron sobre aquella codiciada presa, y los dependientes los rechazaron. Trábase con furor la lucha, pero se presentó un joven, y con solo una palabra calmó la agitación.

—Recoged esa gruta, dijo al pueblo, pero no la comais, servios mas bien de ella como de una arma. Y luego dando el ejemplo, con un puñado de higos cogió al jefe de los *ga-*

aguardaba con su madre en su antigua casa de Amalfi, rescatada con la oportunidad que ya hemos visto.

A pesar del papel que tanto halagaba su venganza y su ambición, asombrado del milagro que le salvaba de la miseria y de la rebelión, el mismo Masaniello había cedido al instinto del corazón, y á la voz de la Providencia. Había prometido á su muger reunirse con ella en Amalfi, con su barca de pescador, y los muebles que les quedaban.



Julio Genovino, copia de un cuadro de Metzú

*bellieri*: los demas sufrieron igual suerte, y tuvieron que dispersarse acosados por una granizada de ciruelas. Aquel joven era Masaniello. Al día siguiente al amanecer apareció reducida á cenizas la casa de madera que habían colocado en la plaza del mercado para la cobranza del impuesto. En vano se buscó al autor del incendio: era tambien Masaniello.

He aquí por qué corría tanto peligro en Nápoles, por qué su muger invocaba á la Virgen en su auxilio, y por qué le

¡Ay!.... ¡por qué no había partido con la *puzzoliana!*.... ¡le amenazaban tantas desgracias en Nápoles, y le aguardaban tantos gozes en la casa de sus padres!....

Lo interior y lo exterior de aquella casa eran dignos de verse: por defuera, la fachada muy blanca difundía la luz, las ventanas daban al Oriente, tenía un jardinito lleno de flores y frutas, una especie de ensenada pacífica y segura permitía colocar en ella la barca, y ademas se hallaba muy



próximo el mar con sus variadas perspectivas. Por dentro, llamaba la atención la limpieza que es el lujo del pobre; los antiguos muebles de familia, de los que cada uno era un recuerdo: el sillón de los abuelos, el lecho nupcial, la cuna del deseado niño, el estoque y la escopeta napolitana, los instrumentos de pesca y para cultivo de la huerta, la mesa

y las dos madres, los hermanos y hermanas, con sus vestidos de los días de fiesta, la alegría en el corazón, y la sonrisa en los labios. En la ventana abierta, entre los dorados pámpanos y las adelfas, la encantadora cabeza de Puzzoliana que estaba acechando la llegada de su marido por encima de las olas. Tales eran las graciosas visiones que el benéfi-



El ex-voto de Maria de Arcos.

y las banquetas para sentarse á comer, las piadosas imágenes de Cristo, la Virgen, y San Genaro, colocado todo con el mayor orden y brillante por el cuidado y esmero de la joven esposa. Sobre la mesa se veía un desayuno campestre, compuesto de pescado del golfo, frutas del cercado, y vino calentado por el Vesubio: en derredor de ella, los dos padres

co genio del pescador le mostraba á lo lejos, por entre las resplandecientes aguas del mar de Nápoles.

Y, sin embargo, ¿por qué tardaba tanto? El cielo estaba sin nubes, el mar bonancible, y la brisa favorable. ¿Por qué, pues, Maria se hallaba esperando ya hacia mas de una hora, y palidecia al fin, al no descubrir nada en el horizon-



te? Eso lo sabremos en Nápoles, en donde el maléfico genio de Masaniello giraba incesantemente en derredor suyo.

Aquel mal genio había tomado dos formas diferentes, que se hallaban reunidas en la plaza del mercado, punto de reunion de la turbulenta plebe napolitana.

En una habitacion amueblada con esferas, almoreces, morteros, retortas y demas instrumentos de la alquimia, junto á una ventana cimbrada, adornada con enredaderas y una tabla ó cuadro de problemas, un hombre, encanecido por el estudio mas bien que por la edad, de facciones desfiguradas por una sombría ambicion, de mirada meditabunda y penetrante, de labios escondidos entre una barba espesa, el sombrero ladeado sobre la oreja, la casaca abrochada por el pecho, y un gran libro abierto y colocado sobre las rodillas, parecia abismado en siniestras reflexiones.

Aquel hombre era Giulio Genovino, apellidado el *oráculo de Nápoles*, sabio profundo en medicina, en jurisprudencia, en política, pero todavía mas sabio en manejar las masas; antiguo elegido del pueblo bajo el mando del duque de Osuna; fué promovedor de sediciones en tiempo del cardenal Borgia, por lo que le condenaron á presidio; pero indultado despues, estaba aguardando reparacion ó venganza. Habia dejado la eleccion al duque de Arcos, pidiendole la presidencia del tribunal de la Sumaria; pero el virey, conceptuándose mas fuerte que él, se la negó: con su altanera carta en la mano, Genovino buscó los medios de castigarle.

Aquellos medios se los proporcionaba un jóven que acababa de entrar en la habitacion, y que leyó en su pensamiento despues de haber seguido con la vista sus movimientos.

Aquel jóven, hermoso caballero, de edad como de unos treinta años, vestido con toda la elegancia y coquetería francesa, casaca de seda, gran número de cintas, tacones encarnados, sombrero con plumas, y cabello rizado, no era otro que el desairado pretendiente de Maria de Arcos, el primo del duque de Guisa, el marqués de Chatillon, agente en Nápoles de Fontenay-Mareuil, embajador de Francia en Roma.

Como estaba persuadido de que el cardenal Mazarino, á pesar de las vacilaciones de Ana de Austria, no dejaria escapar la ocasion de arrojar á los españoles de Italia, Renato de Chatillon habia resuelto elevar al trono de Nápoles, al duque Enrique de Guisa, descendiente de los duques de Anjou que habian poseido aquel reino, y el príncipe mas original y mas atrevido de aquella época. Enamorado de Maria de Arcos y correspondido por ella, el marqués habia esperado en un principio ganar al virey obteniendo la mano de su hija. Pero defraudada su confianza como ya hemos visto, iba á pasar de la guerra furtiva y tenebrosa á la guerra abierta, é iba á proponer á Genovino la sublevacion de los napolitanos.

Fácil es conocer con cuanto gusto aceptaria el resentido ambicioso, semejante proposicion.

En muy pocos minutos concertó su plan con Chatillon. El pueblo estaba furioso con los impuestos..... una chispa encenderia el volcan..... el gobernador seria derribado..... la escuadra francesa arribaria de Tolon, el duque de Guisa correria desde Roma, y los napolitanos le elevarian sobre el pavés.....

—Y vos sereis su primer ministro..... concluyó el marqués dando un abrazo al sabio.

—Por lo que respecta á Maria de Arcos, añadió para sí mismo, no se encuentra tan lejos que no pueda venir.... su mano será el rescate del virey....

—Ahora, prosiguió inmediatamente, no nos falta mas que la chispa eléctrica; necesitamos un gefe del populacho....

—Héle ahí, respondió Genovino, como iluminado de repente.

Y señaló con el dedo á Chatillon en la plaza del mercado, la miserable casita que estaba en frente de la suya. Era fácil de reconocer por la tosca pintura que adornaba su fachada, y que representaba el escudo de Carlos V, con una inscripcion que recordaba los impuestos abolidos por aquel príncipe. Delante de la puerta, apoyado el codo en unos fardos, estaba un jóven como de unos veinte y siete años, de estatura mediana, ágil, de tez tostada por el sol, facciones muy pronunciadas, ojos negros y melancolicos, cabello rubio que le caia formando rizos por el cuello, y envuelto con magestad teatral en su humilde traje de pescador.

Aquel jóven era Tomás Aniello.

—He ahí, prosiguió Genovino, he ahí el hombre que insurreccionará á Nápoles.

—¿Quién?..... replicó Chatillon asombrado, ¿ese lazzarone andrajoso?

—El mismo: seguidme y vereis.

Genovino conocia en efecto á Masaniello: ya hacia un mes que no le perdía de vista; sabia lo que ya habia hecho y de lo que era capaz...

El noble y el sabio bajaron á la plaza, pero encontraron la casa cerrada, y el pescador habia desaparecido...

Preguntaron á los vecinos, y les dijeron que iba á dejar á Nápoles y á embarcarse para Amalfi....

—Corramos al puerto y detengámosle, dijo Genovino: al atravesar la ciudad pasaron por delante de la iglesia del Carmen. Era la fiesta de la Virgen, y una multitud inmensa obstruia el atrio: casi todo el pueblo de Nápoles se encontraba allí, porque aguardaba con impaciencia un espectáculo sancionado por una antigua costumbre; el combate de los infieles y de los cristianos.

En medio de la plaza se elevaba una ciudadela de tablas, y la rodeaba la juventud napolitana dividida en dos batallones. Los que figuraban los infieles llevaban turbantes, y los cristianos una cruz en el pecho. Los primeros debian ocupar y defender la fortaleza, y los segundos tomarla por asalto y plantar en ella la bandera de la Virgen. Cada partido elegia por gefe á un héroe del populacho, y cuando Genovino y Chatillon llegaron, los turcos acababan de poner á su cabeza á un tal Pione, de una fuerza hercúlea, y ya habia recibido como insignia de su mando una media luna gigantesca. El atributo de su rival era una cruz de oro cincelada y con pedrería, llamada la *Cruz del Carmelo*, que se sacaba aquel día del tesoro del cabildo, obligado á prestarse á aquella costumbre secular. Los jueces del combate paseaban la sagrada joya, sobre la cual se veia un crucifijo entre un papa y una paloma, y los cruzados deliberaban sobre los nombres sometidos á su eleccion, cuando una voz les gritó: —elegid á Masaniello.

Aquella voz era la de Genovino, y nunca el *oráculo de Nápoles* fué mejor escuchado.



¡La aclamación fué eléctrica, universal, triunfal!....

—Sí, Masaniello, Masaniello, gritaron á una vez todos los cristianos.

—Viva Masaniello y mueran las *gabelas*, añadieron los mas atrevidos, confesando de aquel modo el motivo y el objeto.

—¿En dónde está? ¿en dónde está? preguntaron al punto los soldados.

—Venid á buscarle conmigo, les replicó Genovino, agarrando y elevando la cruz del Carmelo, detrás de la cual la multitud se lanzó con él en dirección del puerto...

Si se detienen un minuto mas, ya hubieran llegado tarde: cuando llegaron junto á Masaniello ponía ya el pie en su barca y se alejaba.

—¡A nosotros!... Masaniello, ¡a nosotros!...

Detenido por aquel inmenso é inesperado llamamiento, el pescador dejó caer los remos, y se creía el juguete de un sueño....

Una nube se interpuso entre sus ojos y la visión de Amalfi...

Genovino, dirigiéndole la palabra en nombre de todos, le refirió el honor que acababan de dispensarle, y le alargó la cruz del mando...

—Adelante, Masaniello, ¡muerte á las *gabelas*!... repitieron los cristianos con todos los ecos del golfo.

El orgullo y la venganza hablaban todavía mas alto en el alma del pescador... llevó una de sus manos á la frente, se puso la otra sobre el pecho, y dirigió una larga mirada á aquel ejército que le ofrecía la gloria, y á aquella playa en donde le sonreía la felicidad....

Su casita de Amalfi, su esposa inconsolable, su barca preparada, y su humilde equipage á sus pies, le arrancaron por fin un grito del corazón.—Me es imposible, amigos míos, toda mi familia me aguarda allá abajo:..

Y hubiera escapado de la tentación, si Genovino no tomara otra vez la palabra.

—Masaniello, dijo el antiguo elegido del pueblo, te conceptuaba con mas valor y patriotismo... Olvidas el nombre que llevas y el techo que acabas de dejar... En el vireinato de don Pedro de Toledo, los napolitanos, amenazados de la Inquisición española, llamaron en su auxilio á tu abuelo Tomás Aniello...—Y Tomás Aniello no titubeó en marchar á su cabeza y libertarlos.... Cuando Carlos V, hizo que desapareciesen de Nápoles los impuestos que en la actualidad le abruman, todos los Aniello se encontraron tambien en las filas de los valientes....—y pintaron sobre su puerta el escudo del grande emperador, con una leyenda que es su título de nobleza... Tus amigos te juzgaban digno de continuar la obra de tu familia.... Si se han engañado, véte á dormir á Amalfi... Borraremos el escudo de Carlos V, y daremos á otro la cruz del Carmelo... Adios, Masaniello....

Cada palabra de aquel discurso produjo en el ánimo del pescador un efecto indefinible, y sería imposible describir el combate que tuvo que sostener consigo mismo. Al oír las últimas frases del orador ya no vió mas que la ignominia de la fuga, y olvidando á Amalfi, á su muger y á su felicidad saltó de su barca á la ribera, y abrazando la cruz de oro, exclamó: No, no, ¡Masaniello es digno de sus padres!... ¡soy vuestro!... ¡soy vuestro!...

Genovino se sonrió, Chatillon le apretó la mano, y los

cruzados llevaron en triunfo á su jefe á la plaza del Carmen....

Media hora despues, los cristianos tomaban la ciudadela de los turcos con un ardor sin ejemplo: Pione caía desde lo alto de la andamiada precipitado por el brazo aterrador de Masaniello, y éste, con la cruz del Carmelo al cuello, y la bandera de la Virgen en la mano, veía los dos ejércitos reunidos bajo sus órdenes, y aumentados con toda la población de Nápoles que gritaba: ¡Muerte á los españoles como á los infieles!.... ¡Viva la abundancia y Carlos V!.... ¡Abajo las *gabelas* y los *gabeleros*!...

Porque las cosas habian seguido la marcha prevista por Genovino. De los enemigos por diversion se pasaba á los enemigos formales, y el juego de de niños se habia convertido en un combate de tigres, segun la espresion del duque de Rivas.

### III.

#### HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA.

Lanzado en plena rebelion, Masaniello no podia ya retroceder... Pero tampoco pensó en ello, y lejos de contener el torrente, le arrastró en pos de sí, hasta el palacio del virey. Atraído por los gritos de los sediciosos, el duque de Arcos se presentó en el balcon con su comitiva. Dirigiéronle injurias tan violentas, y le desafiaron con gestos tan insolentes, que se vió obligado á retirarse, entre las carcajadas y la rechifla de los amotinados.

Una represión pronta y vigorosa, hubiera sofocado aquel motin todavía sin dirección. Así lo comprendieron y lo aconsejaron al gobernador sus verdaderos amigos: pero los contestó encogiéndose de hombros:—Eso no es mas que una farsa de niños, y se disipará con nuestro desprecio.

Debilitado por la edad y por su obesidad, el duque no anhelaba mas que el reposo y solo creía á los que le dejaban tranquilo. Sus esfuerzos para alejar á su hija, habian agotado el resto de su energia. Masaniello, ó mas bien Genovino y Chatillon, pudieron, pues, disponer de todo el día y de la noche, para reforzar y organizar sus bandas. Al volver á pasar por la noche, por enfrente de la iglesia del Carmen, el pescador encontró á dos hombres que se ocultaban en la oscuridad:

—¿Qué pretendes hacer? le preguntaron con altanería.

—Que me ahorquen, ó restituir la abundancia á la ciudad, respondió vivamente Masaniello.

—¡Famoso personaje para arreglar los negocios de Nápoles!... le replicaron los desconocidos riéndose.

—Pero el jóven les contestó con un vigor inesperado:—Si yo encontrase solamente tres ó cuatro que tuvieran tanto corazón como yo, y que quisiesen francamente ayudarme, verías de lo que soy capaz por el bien del pueblo.

El desgraciado hablaba con buena fé, y eso era lo que hacia su elocuencia irresistible. Así fué, que sus palabras ejercieron una influencia mágica sobre los dos hombres, que al instante siguieron el partido de aquel de quien se burlaban. Pues bien, no podia haber adquirido auxiliares mas formidables, porque aquellos dos aventureros, capaces de trastornar á Nápoles, eran Dominico Perrone, el antiguo jefe de *Ottina*, infatigable contrabandista, y Giuseppe Palumbo, esbirro con-



vertido en capitán de ladrones (1). Al día siguiente por la mañana, el pobre pescador tenía á sus órdenes un ejército completo con sus capitanes, tenientes y batallones.

Comenzó por apoderarse de la torre del Carmen, y anunciar con un prolongado toque de rebato la insurrección general; luego, cuando vió á todo el pueblo reunido en derredor suyo en la inmensa plaza del mercado, puso fuego á las oficinas de recaudación, las redujo á cenizas con sus muebles y registros, distribuyó entre sus soldados el dinero que encontró en las cajas, y subiéndose sobre un banco de piedra cubierto con un dosel de llamas y de humo, dirigió á la multitud con voz clara y penetrante un discurso que acabó de electrizar los ánimos.—¡Viva Dios!... exclamó al concluir, ¡viva la Virgen del Carmen!... ¡Vivan el papa y Carlos V!... ¡Muera el mal gobierno!... Y alargando luego la mano hacía el cuartel español:

—Al palacio, gritó, al asalto del palacio...

Veinte mil voces repitieron sus últimas palabras, y las masas se movieron en dirección de la morada del duque de Arcós.

Después de haber desplegado algunas tropas, sin orden de tomar la ofensiva y sin municiones, el virey comprendió demasiado tarde que el motin podría llegar á ser una revolución; pero en vez de doblar su guardia, de tomar medidas de precaución en los fuertes y cuarteles, y de montar á caballo y ponerse á la cabeza de la nobleza, se contentó con ganar tiempo y mantenerse encerrado entre cuatro paredes.

Se estaba confortando con un vizcocho mojado en vino de España, refiere el historiador Santis, cuando la multitud llegó debajo de sus balcones, precedida del siniestro rumor que anuncia las inundaciones. Los soldados, aislados, fueron arrollados por el torbellino popular que invadió los patios, los vestíbulos y los corredores. Bien pronto fué forzada la escalera principal, derribaron á los guardias y los arrancaron las alabardas; las puertas de las habitaciones vuelan hechas astillas, y los régios salones son profanados por una plebe inmundada... ya iba á penetrar en el gabinete del virey y á poner la mano sobre su persona, cuando se adelantó el príncipe de Bisignano, señor muy querido en Nápoles, y al que los mas prudentes habian puesto á su cabeza para reclamar la abolición de los tributos. Había aceptado aquella comisión, aunque padecía mucho con la gota, y se hizo conducir á caballo al palacio amenazado, con algunos nobles y religiosos. A duras penas pudo conseguir el llegar á donde se encontraba el duque de Arcos.

—¿Ya estais aquí?... exclamó el virey, os iba á enviar á llamar...

—Vengo á suplicaros, le dijo el príncipe, que suprimais los impuestos de las frutas y de las harinas, único medio de evitar y contener un desastre incalculable.

—Sea en buen hora, respondió el duque indeciso, reuniremos el consejo y ventilaremos ese asunto...

—Ya no tenemos tiempo para deliberar, obrad por vos mismo ó todo se ha perdido...

La incertidumbre habia durado demasiado tiempo; todavía hablaba el príncipe... pero impacientes los insurreccionados fuerzan la puerta y se encuentran enfrente del virrey dando furiosos alaridos:

—¡Abajo las gabelas!... ¡Muera el mal gobierno!...

Sitiado en su sillón, pálido y tembloroso, el duque exclamó por fin: *Si, hijos míos, todo se hará luego.* Y firmó aceleradamente varios decretos aboliendo los impuestos de las frutas, y rebajando el de las harinas... Los arrojó como una presa á los que le rodeaban, y los tiró por el balcón á los que estaban fuera, procurando apaciguar el griterío con sus palabras.

—*Ya es demasiado tarde*, le contestó la voz desencadenada de la revolución.



Retrato de Masaniello, copiado de un grabado de la época.

—Esto ya no es suficiente, añadieron los que leían los decretos...

Y obligaron con desentonados gritos al virey de Nápoles, al representante de la monarquía española, á bajar la escalera de su palacio para tratar con ellos en la plaza.

Durante una media hora, el duque de Arcos se vió colmado de homenajes por unos y de ultrajes por otros; los primeros le besaban las manos de rodillas; los segundos le amenazaban con los puños y con cuchillos... Oprimido y empujado de una á otra parte, hubiera concluido por ser hecho pedazos en aquella confusión, si sus amigos, ayudados por algunos hombres todavía respetuosos, no le hubiesen hecho entrar ocultamente en su palacio, del que salió bien pronto por una puerta que daba á la espalda del edificio, y llegó á un patio en donde por casualidad se hallaba un coche (1).

(Se continuará).

(1) Historia del duque de Rivas.

(1) Creeríase leer la narración de una revolución: una caída y una fuga, de que todavía se hallan presentes los recuerdos en Francia, si todos estos pormenores no estuvieran extractados minuciosamente de la obra publicada por el señor duque de Rivas antes del año 1848.



## ESTUDIOS DE AGRICULTURA.



## EL ESQUILEO DE LOS CARNEROS.

El carnero es, de todos los animales domésticos, aquel, cuya posesion procura mas ventajas inmediatas. El caballo nos da su fuerza y su rapidez, el buey y el asno su labor, la vaca y la cabra su leche, el perro su vigilancia afectuosa; pero el carnero nos entrega sucesivamente su lana, su leche y su carne. Añádase á esto su humor inofensivo, que hace fácil su custodia, su sobriedad y la naturaleza de su temperamento que le apropia á ciertas provincias donde los demas animales domésticos se propagan con trabajo. Por eso los rebaños de los carneros, han sido verdaderamente los primeros formados por los hombres reunidos solamente en familias. Los encontramos entre los patriarcas, y constituyen ademas casi la única riqueza de los pueblos pastores.

Hay ademas en la naturaleza del carnero una predisposicion particular á la asociacion del rebaño. El instinto de imitacion que se le atribuye, es uno de sus primeros caracteres; júntese á esto la timidez que le conduce en todas las escursiones y su fácil obediencia al perro del pastor.

TOMO XI.

Solamente se le ha calumniado acusándole de estupidez. el instinto del carnero no es ni menos vivo, ni menos sostenido que el de los demas animales domésticos; lo que parece solamente, es que tiene menos iniciatura. Basta preguntar á los pastores para oír referir cien anécdotas que prueban la inteligencia del ganado lanar y especialmente la de las ovejas. Un pastor escocés, que llegó á ser escritor por casualidad, Hog, nos ha dejado sobre el particular pormenores llenos de interés.

Cuenta, que uno de sus vecinos habiendo vendido una oveja con su cordero á un escocés que la condujo á su quinta, situada á unas veinte leguas de distancia, la oveja se escapó para volver á casa de su antiguo dueño. Cuando se apercibieron de su fuga al Glen-Lyon, un zagal fué enviado en su persecucion; muchos pastores á quienes interrogó, le respondieron que habian visto, en efecto, pasar á la fugitiva, que caminaba con ardor y perseverancia, sin inquietarse de los rebaños ni por los perros que hallaba á su tránsito, y no deteniéndose mas que para balar á su cordero, cuando se quedaba detrás. Guiado por estas indicaciones, la siguió hasta Grief donde ya perdió su huella. Sin embargo, la oveja habia continuado su camino. Llegó por la

17



mañana á Stirling; era día festivo: las calles estaban llenas de paseantes y de curiosos. Pensando, sin duda, que sería imprudente aventurarse á pasar por en medio de aquella multitud, hizo alto, y permaneció tendida con su cordero á la sombra de un árbol. Y solo cuando todo llegó á estar tranquilo, al rayar el día, fué cuando la vieron atravesar la ciudad, precipitando su marcha al menor ladrido de los perros que andaban todavía por las calles.

De esta manera, llegó á la barrera de peage que se encuentra cerca de Saint-Ninian, y procuró pasar por ella furtivamente. El guarda que la creyó extraviada quiso cogerla, mas ella se escapó aprovechándose del primer pasaje de rebaños para atravesar, con su cordero, la barrera que se había cerrado delante de ella. En fin, el sábado 14 de junio, nueve días después de su partida, llegó á la quinta de Harehope, y se presentó á su antiguo amo.

Este, tan sorprendido, cuanto conmovido, no quiso enviarla á Glén-Syon, y devolvió al comprador el precio de la oveja, y la guardó hasta su muerte.

El mismo Hog refiere que las ovejas de Escocia muestran la una para la otra, una verdadera solicitud. Si sucede que una de ellas pierde de vista el rebaño durante la noche es muy raro que sus compañeras la abandonen. Buscan á la extraviada, la llaman y se colocan á las orillas de los estanques, de los lagos ó de los precipicios para advertirla de los peligros que corre, con sus balidos.

La custodia de los carneros pide mucha experiencia, atención y hasta valor. Por eso un buen pastor es tan estimado en los países donde hay pastos. El uso es, entregarle la mejor oveja que se llama, por consecuencia, *la bien ganada*. Hay ordinariamente para la custodia de un rebaño, además del gran pastor, que tiene toda la responsabilidad, un joven zagal, que aprende el oficio bajo su mando.

La época del esquila es una ocasión de regocijo en las ganaderías; se la celebra con danzas y comidas. Este esquila, hecho por los arrendatarios mismos, cuando la posesión alimenta solamente algunos carneros, atrae en el país grandes cuadrillas de esquiladores extraños que llegan como los segadores á las regiones del Mediodía, cortan las lanas, y luego la reparten. Hace poco menos de dos siglos, que se pagaba este trabajo entregando á los esquiladores una débil parte del producto; hoy disfrutan un jornal.

## LA CIENCIA EN FAMILIA.

### FISIOLOGIA.

#### COMO CIRCULA LA SANGRE.

En el mar.—Un *steamboat* en la costa.—*¡Itali!*.... *¡Itali!*....—Castillo Gaillard.—Un charlatan de los que no hay.—La sangre, los glóbulos y los globulinos.—La trasfusión.—Un loco.—El corazón.—Inconvenientes de bostezar en sociedad.—Las arterias.—El sistema capilar.—Las venas.—Improvisación de un profesor joven.—La circulación pequeña y grande.—La vena porta.—Una filosofía de charlatan.—Historia de Jhon.—Eulero y el párroco.—Quien pierde gana.

En 18.... los dioses y mis excelentes padres permitieron que emprendiese mi primer viage. Era en el estío, tenía veinte años, un sombrero de paja con alas muy anchas cubría mi cabeza, llevaba una blusa y el saquillo militar á la espalda, y en la mano un baston fuerte y grueso, para apo-

yarme en él en caso de cansarme, y defenderme si me veía acometido por algun semejante mio, ó algun animal; en fin, mi bolsillo no carecía del nervio indispensable para los viages, el dinero. Tenia por objeto el Havre, es decir, el mar, la inmensidad, lo infinito, si es que puede existir lo infinito para una imaginación de veinte años. ¡Es preciso tener en cuenta, que hasta entonces apenas había seguido el Sena hasta el Pecq, é iba á seguirle hasta el Havre!... Los caminos de hierro, en aquella época eran todavía un mytho: el *steamboat*, por el contrario, (disimúleseme esta palabra, pues, para un hombre que iba al Havre, la espresión barco de vapor, hubiera sido demasiado vulgar) el *steamboat*, repito, era una realidad de París á Ruan, cuando la baja marea, traducida, la poca profundidad del Sena, no retrasaba el viage, y no le detenía en Pont-de-l' Arche, lo cual ocurrió el día de mi viage, é hizo que no pudiese llegar aquella noche á Ruan. El capitán propuso á los pasajeros bajar á la costa, ó dormir á bordo si así lo preferían. ¡A bordo!.... si, si; aquella palabra sonaba muy bien á mis oídos. Sin embargo, había á bordo una circunstancia que me humillaba; en el *steamboat* de París á Ruan apenas se percibía el olor de la brea: ¡la ilusión falsaba por su base!... La costa era Pont-de-l' Arche. Viagero de los mas novicios, y poco hábitado á la indagación de lo desconocido, debí preferir á un buque sin brea, los misterios de una noche de posada. Pero ya he dicho que tenía veinte años, y habría dormido aunque fuese sobre las piedras del camino: descansé, pues, perfectamente en la posada. Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, con ánimo alegre y ligera planta, andaba ya de una parte para otra con entera libertad, (como veis, todavía tenía mis clásicos en la cabeza) por las verdes llanuras de la Normandía. Aunque no había visto en ellas la primera luz del día, las tenía no obstante un cariño escesivo: por otro lado, en aquel momento lo amaba todo en el mundo, porque como ha dicho muy bien un poeta, el placer hace al alma bondadosa. En Elbeuf, en donde había admirado las casas de ladrillo, tan nuevas para mis ojos de parisiense, recientemente emancipado de los lodazales de la gran ciudad, me embarqué para Ruan, población del Norte, pero de fisonomía completamente meridional: cuando llegué á ella, había doblado el Cabo de Buena Esperanza de mi primer viage. Bien pronto vi los mástiles de sus buques y sus numerosos campanarios, y con voz enternecida y lágrimas en los ojos, exclamé lleno de emoción: *¡Itali!*.... *¡Itali!*.... Mi exclamación no era absolutamente exacta bajo el punto de vista geográfico, pero quería manifestar que estaba complacido en extremo, de dejar á París á mi espalda. Desde Ruan, la Normandía, que mas tarde debía hacerse célebre por un glorioso depósito, me condujo en algunas horas hacia el Havre. Al ver todas aquellas maravillas, me quedé absorto, estasiado, alelado.... el Meilleraye, su castillo, sus colinas cubiertas de césped, su perspectiva de barcos á la vela, Jumieges y su importante abadía, Tancarville y su peñasco, el Havre, su muelle y su maciza torre!... Sin embargo, al abordar á la tierra prometida, esperímente una impresión desagradable, muy viva: no me había mareado.... Visité la ciudad, el puerto, los paquebots americanos, y luego volvía á Ruan que me aguardaba con sus manufacturas, sus paredones normandos y sus fantasías arquitectónicas de toda especie. Aquellas magnificencias de la naturaleza que no había presentado fuesen tan deslum-





bradoras; aquellos esplendores del mar, en que mis ojos, por decirlo así, aspiraban las regiones remotas, adivinándolas; todas aquellas riquezas naturales, en fin, habían producido en mi memoria una impresión profunda. Había vivido ocho años en ocho días, por supuesto á beneficio de inventario. Volví lentamente á mi país, y gasté dos días en los Andelys.

El primero le pasé en un religioso recogimiento, y como en éxtasis en las ruinas de Chateam-Gaillard. Al día siguiente por la mañana, me hallaba en la grande esplanada de los Andelys, cuando de repente mis oídos quedaron asombrados, ensordecidos con el ruido infernal de platillos, tambor y trompeta. ¡Oh felicidad!... un charlatan se encargaba de hacer menos penosas las dos horas que tenía que esperar.

En la delantera de un pesado carruaje tirado por dos caballos cubiertos de toda clase de oropeles, estaba magestuosamente de pie un hombre alto y robusto. Llevaba una casaca encarnada con las costuras muy historiadas, un pantalón del mismo color encarnado y charreteras de tambor mayor; su pecho estaba adornado con las insignias de una multitud de órdenes mas ó menos fantásticas; y cubría su cabeza un enorme sombrero de tres picos con plumas, que aunque blancas en otro tiempo, todavía producían un buen efecto. El personaje aguardaba con un silencio lleno de dignidad, á que la multitud creciera y se agrupase en derredor suyo. Para que el público no se impacientase, la orquesta tocaba con vigor. La trompeta rechinaba una marcha fúnebre, el tambor hacía resonar un aire guerrero, y los platillos, cuyo carácter me parecía esencialmente mediador, servían de punto de unión, y pasaban indiferentemente del tono grave al dulce y del agradable al severo. Los delicados son desgraciados, ha dicho La Fontaine, nada puede satisfacerlos. Yo me hallaba rodeado de hombres y mugeres con el enérgico aspecto del campo; nadie parecía delicado, y así todos estaban sumamente gozosos; creí que era de buen gusto hacer como todos los demás, y reflexionando por otra parte que el límite de las fuerzas humanas no podía permitir al tambor ó bombo y á los platillos, el continuar por largo tiempo el comenzado alegró, esperé y me puse á estudiar el semblante del prógimo. Bien miradas las cosas, la concurrencia formaba un espectáculo muy curioso. La multitud se amentaba por instantes, y al ver, incluso yo, aquellos curiosos con la boca abierta, procuraba buscar la solución de este grande problema social: ¿Cuántos necios son necesarios para formar un público! Y todos, ó casi todos, devorábamos con nuestras miradas al hombre eminente colocado en su pedestal: uno admiraba el sombrero, las plumas, las charreteras, las cadenas y las medallas: el otro se perdía en la contemplación de tan resplandeciente carruaje y de los dos caballos tan ricamente enjaezados. En la admiración del mayor número, no quedaban olvidados aquellos tres mozallones, que proseguían con frenesí su atronadora música. La generalidad esperaba con avidez aunque con paciencia; con avidez, porque se trataba de un espectáculo, y con paciencia, porque casi había una seguridad de no pagar; yo, por mi parte, estudiaba al hombre del carruaje en todos sus pormenores.

Su semblante denotaba inteligencia, y si me apuran un poco diré que talento. Tenía el aire serio que requería el papel que representaba, y sin embargo, se asomaba á sus labios una sonrisa casi imperceptible; indudablemente aquel

hombre se conceptuaba muy superior á todas las buenas gentes á quienes miraba desde lo alto de su carruaje, y parecía decir entre sí mismo:

—Escelentes y honrados aldeanos, por mas que apreteis los cordones de vuestra bolsa, yo sabré muy bien desatarlos.

Me coloqué detrás de un campesino grueso para poderme dejar llevar mejor de mis impresiones; el auditorio, como ya he dicho, estaba sano, robusto, y tenía una musculatura muy fuerte; se trataba de no herir la susceptibilidad de nadie. Con un gesto imperioso, el personaje del traje encarnado hizo callar la música, y mis oídos encontraron magnífico aquel gesto. Luego el hombre alto aguardó un instante, y bien pronto reinó el mas profundo silencio.

—Señores y señoras, dijo por fin, los que hayais oído hablar de mi reputación, debeis maravillaros de encontrarme aqui. En efecto, tengo aqui en mi bolsillo cartas de todos los soberanos de Europa y de otras partes, dándome las gracias por haber librado á sus reales personas de los males que padecían. (Y con un gesto lleno de una nobleza... de charlatan, enseñaba á la multitud unos papeles sucios y restregados, que estaban muy distantes de parecerse á documentos diplomáticos). He recorrido las capitales del mundo civilizado y no civilizado, he atravesado los grandes desiertos del Sahara, de la Arabia Petrea y aun de la Arabia no Petrea; por todas partes en donde he estado han querido detenerme, y me han prodigado medallas, cruces y millones; todos los días me prometen mas: hoy mismo me han escrito el emperador del Brasil y el del Congo, reclamando mis servicios. Pero frrrrrancés antes que todo, he contestado á esos apreciables monarcas que no iría á sus estados, sin haber esparcido antes entre los buenos habitantes de los Andelys los beneficios de mi arte y las luces de mi ciencia.

En aquel momento hubo en el auditorio como un movimiento de reconocimiento. Por lo que á mí hace, estaba ligeramente chasqueado, porque mi charlatan hablaba el francés casi tan bien como el difunto Mr. Lhomond.

—Sí, prosiguió, si quisiese podría retirarme á descansar y no hacer nada, pues soy bastante rico para eso. Y metiendo las manos en los anchos bolsillos de su pantalón, las agitó en todos sentidos, operación que produjo un sonido metálico muy pronunciado.

El hombre del carruaje había crecido en un instante veinte codos á los ojos de la multitud.

Instintivamente metí yo tambien las manos en los bolsillos de mi blusa, que había llenado de guijarros del Havre; los agité, pero el público tenía fijo el oído en otra parte, y nadie me hizo caso. Solo el charlatan me miró, y en la ligera sonrisa que cruzó por sus labios, conocí que me había comprendido perfectamente; temiendo entonces una interpelación á quema-ropa, y poco deseoso de entrar en escena, desaparecí detrás del observatorio ya nombrado, y volví á caer en mi oscuridad natural.

—Amigos míos, continuó mi hombre: todos estamos acá abajo obligados á ayudarnos mutuamente en caso de necesidad; vosotros sois fuertes, y si mi carruaje llegase á volcar en el camino, ni uno solo, estoy bien seguro de ello, dejaría de acudir á echar una mano. Pues bien, yo vengo igualmente á ayudaros, y os ofrezco un remedio que nadie mas que yo conoce en el mundo; un remedio que jamás ha dejado de producir su efecto; un remedio que cura todos



los males, si, señores, todos los males; y este remedio no le he querido, como vil egoísta, vender únicamente á los ricos, á los que podrían pagarle en lo que vale, es decir, á peso de oro; quiero darle á los honrados aldeanos, en la plaza pública y á la luz del sol.

Seguramente el charlatan que tenia enfrente de mí pertenecía al género noble; hubiera preferido otro menos elocuente, pero no era dueño de la eleccion; lo que sobre todo me admiraba, era que concluyese su exordio con el verbo *dar*. El efecto fué mágico en la multitud: el hombre prosiguió su discurso y escuché:

—Amigos míos, tengo una vista tan ejercitada, que jamás me equivoco. Os puedo decir no solo las enfermedades que ya habeis tenido, sino las de que os veis amenazados en el porvenir. Y dirigiéndose luego al primer aldeano que tenia mas cerca, y en cuyo rostro el candor parecia correr parejas con la inocencia.

—Tú, hijo mio, le dijo, has tenido una calentura... maligna.

El apostrofado se puso de repente tan encarnado como una zanahoria; pero sin embargo, tuvo suficiente presencia de ánimo para responder:

—Pues señor, os juro que no la he tenido.

—Pues bien, mentecato, replicó imperturbablemente el hombre alto: si no la has tenido la tendrás, y no por eso serás mas malicioso.

El mozo, de encarnado que estaba se puso pálido, y todos se apartaron inmediatamente de él como de un contagiado.

Sin dar la menor importancia á aquel incidente, el hombre magnifico continuó:

—¿Sabeis, buenas gentes, de qué provienen todas las enfermedades? Todas provienen de la sangre: es una verdad incontestable, ¿no es así?

—Es verdad, dijeron por todas partes.

Sentia que no hubiese añadido la bilis y los humores, porque de ese modo habria reasumido en pocas palabras el código patológico de los papanatas de la ciudad y de las poblaciones rurales.

—Pero seguramente, prosiguió, no sabeis lo que es la sangre, y aunque la veis todos los dias, no sabeis de qué modo circula en nuestro cuerpo. Pues escuchad, voy á deciroslo: quiero probaros que no soy un ignorante, como lo son por lo comun todos los que se presentan en las plazas publicas para abusar de la credulidad de las gentes demasiado sencillas y confiadas; por otra parte, hay personas distinguidas en la sociedad (todavía no se habia inventado la palabra *aristo*), y sabrán apreciarme y comprenderme. Las habrá, quiza tambien, que solo han venido aqui con intencion de reirse y burlarse; pero desde luego las declaro que á lo que han venido es á aprender.

A pesar de la modestia que me es natural, debo confesar que el charlatan, que parecia haber descubierto en mi semblante cierta expresion irónica, me dirigió al decir aquellas palabras una mirada aterradora.

Me apresuré á eclipsarme otra vez detrás de la mampara de carne y hueso que habia elegido, y me preparé á escuchar con atencion y gusto aquellas lecciones de la ciencia al aire libre.

—La sangre, señores y señoras, dijo el estravagante catedrático, es el liquido mas ordinariamente encarnado, que

se pone en movimiento en las cavidades del corazon, de las arterias, de los vasos capilares y de las venas. En un individuo bien constituido que pese de ciento cincuenta á ciento sesenta libras, hay cerca de veinte de sangre. En este liquido se encuentran en suspension unos corpúsculos bastante regulares, á los cuales se ha dado el nombre de glóbulos. El gran Malpighi ha tenido el honor de ser el primero que los ha descrito. Si se pica con una aguja la yema del dedo, y la sangre que sale de él se examina inmediatamente con el microscopio, se observarán tres especies de glóbulos, los encarnados, los blancos y los globulinos.

La multitud parecia preguntarse mutuamente si aquel hombre continuaba hablando. Yo estaba estupefacto, y mas atónito seguramente que el mas alelado de los espectadores. Mi charlatan hablaba como un doctor.

En cuanto á él, gozando de la sorpresa que veia retratada en mi semblante, me dirigió aquella vez una mirada de triunfo, y tomando un enorme libro en folio, lleno de láminas anatómicas grosera ó toscamente iluminadas, le abrió y se le enseñó á la multitud maravillada, que no habiendo podido comprender nada por medio de los oídos, procuraba al menos comprender algo con los ojos.

—He ahí los globulinos, dijo, son muy pequeños y en corto numero, cuando por el contrario, los glóbulos encarnados son en muy crecida cantidad. Los glóbulos blancos son mas numerosos que los globulinos, pero menos que los glóbulos encarnados. Estos últimos tienen la forma circular, y se componen de un centro sólido envuelto ó rodeado de una vesícula colorada, la cual contiene ademas un liquido. Todos los glóbulos de que he hablado, nadan en una agua que los fisiólogos han denominado licor de la sangre. Y nuestro charlatan enseñaba cada uno de aquellos pormenores en las láminas de su libro.

—La naturaleza, buenas gentes, me ha entregado todos sus secretos. Consiento en confiaros uno que escitará vuestra sorpresa hasta el mas alto punto, y no temo decirlo de antemano, vuestra admiracion. Si uno de vuestros animales cayese como herido de muerte, despues de haber perdido toda la sangre que pudiera suministrar, en circunstancias dadas, me seria posible volverle á la vida, introduciendo en sus vasos sangre tomada de otro animal de la misma especie, sano y vigoroso, de un buey para un buey, de un carnero para otro carnero, etc. Eso es lo que se llama la trasfusion de la sangre. Un inglés, el doctor Wren, fué quizá el que concibió la primera idea de ella; pero un francés, Denys, ayudado por el cirujano Emmerets, ha sido el primero que la ha practicado en el hombre, era un loco. La vispera del dia en que se le operó, habia vuelto completamente desnudo desde el campo á París. Se le trasfueron ocho onzas de sangre de una ternera ó becerra, y pasó la noche sin agitacion. Al dia siguiente volvió á repetirse la operacion, durmió, recobró la razon y pudo asistir al jubileo.

La palabra jubileo, fué casi lo único que mis vecinos comprendieron de aquella historia; así fué, que produjo grande sensacion. El tiempo que duró la pequeña emocion que fué su consecuencia, le empleé en repasar en mi memoria, que el trasfusado de Denys y de Emmerets, habia pagado su deuda á la infancia de la trasfusion que á tientas é inesperadamente, inyectaba en los vasos del hombre, sangre de becerro. El operado murió bien pronto, y en el mismo estado



de demencia en que se encontraba. ¡Cuánto camina el pensamiento! Volví á leer en mis recuerdos en un instante, esa curiosa historia de la trasfusión de la sangre, la disputa de Lamartiniere y Denys. Lamartiniere decia á Denys, que la trasfusión era una operacion que habia salido de la tienda de Satanás; que los que la practicaban merecian ser enviados entre los conibales y los topinambas: que Denys, ese *ignarus nebulo*, los escedia en crueldad: que habia hecho juegos de muñecos en la feria, etc. Denys contestó que los que censuraban la operacion eran unos envidiosos y malvados; que Lamartiniere era un miserable sacamuelas, un operador del Pont-Neuf, y otras lindezas por el mismo estilo. La gran diferencia de las discusiones académicas de nuestra época, es la de que se ha suprimido el latin, y todo se dice en nuestro idioma.

Luego terminé mi aparte, trayendo á mi memoria, lo que en el día se sabe segun las excelentes observaciones de Mrs. Prevost, y Dumas, es decir, que la sangre de un animal inyectada en las venas de otro de especie diferente, llega á ser mortal para este último; cuando por el contrario se consigue volver á la vida á animales proximos á morir por consecuencia de abundantes hemorragias, inyectándoles en las venas, sangre tomada de un animal de la misma especie.

Mi atencion se fijó otra vez en el espectáculo, por el ruido que hizo el sabio golpeando con fuerza en su libro.

—Quizá no me habreis comprendido muy bien, decia, voy hablaros de cosas que entenderéis con mas facilidad. Mirad, ved aqui como está formado vuestro corazon. Hasta ahora habiais creido que teníamos en el pecho un corazon que terminaba en punta; ¿no es verdad? Pues nada de eso, nuestro corazon tiene la forma de un cono, cuya superficie está moderadamente comprimida, y cuyo eje se dirige ó inclina un poco á la izquierda.

—¿Qué es un cono? dijo en alta voz y en medio del silencio general, el aldeano que me resguardaba.

—Cono, dijo el charlatan sin alterarse, es todo lo que tiene la figura de un corazon. Pero os suplico que no me interrumpais. Como veis, hay en él cuatro cavidades: dos arriba que se llaman aurículas y dos abajo, que se llaman ventriculos. Las aurículas comunican con los ventriculos, por medio de unos orificios guarnecidos de válvulas: á la derecha está la válvula tricúspide, y á la izquierda la mitral. Estas palabras, amigos míos, sin duda os sean desconocidas: básteos saber, que esas válvulas son las puertas, por las que la sangre pasa desde las aurículas hasta los ventriculos. Y cuando digo puertas, no debeis creer que se cierran con cerraduras: no, ya veis aqui en su cara inferior unas cuerdas ó tendones de aspecto nacarado, que implantadas en los bordes, van á perderse en las paredes del corazon: por manera, que si es necesario, esas cuerdas se contraen, se estrechan sobre ellas mismas, y tiran hacia sí la puerta, que una vez abierta, deja pasar la sangre. al contrario, dilatándose, lo que significa alargándose, aplican la válvula sola sobre el orificio, cierran la puerta por consiguiente, y de ese modo impiden el paso á la sangre. En la aurícula derecha, aqui, mirad señores y señoras, y todo se encontraba bien ó mal en el libro, hay cuatro aberturas, lo cual exige otras tantas puertas, es decir, cuatro válvulas, dos para dos gruesas venas, las venas cava superior é inferior, una para la vena coronaria encargada de nutrir la sustancia del corazon, y en fin, la que ya conocemos, que

va desde la aurícula al ventrículo. En la base del ventrículo derecho, está el orificio arterial de ese grueso canal, que llama la arteria pulmonal, porque echa la sangre en el pulmon. En la aurícula izquierda, hay cuatro orificios para las cuatro venas pulmonares y el orificio aurículo-ventricular, como en la derecha. En fin, el ventrículo izquierdo con el orificio de esta grande arteria, la madre por excelencia, la aorta. A este orificio pertenecen tres válvulas llamadas sigmoideas. En fin, el corazon se halla contenido en un saco membranoso, bastante espeso, que se designa con el nombre de pericardio. Este pericardio está compuesto de muchas hojas: la que está mas en la interior, secreta, ó hace secreciones de una especie de liquido en que se baña el corazon y puede entregarse á todos sus movimientos, de ese modo tan admirablemente protegidos y amortiguados.

El mozo rollizo, el que no habia tenido la fiebre maligna, fué acometido en aquel momento, de uno de esos formidables bostezos. Bostezos de la naturaleza y de la vida salvaje, bostezos mal educados, que llegan sonoros hasta el fin, y que no pueden ser reprimidos.

—Bostezas, le dijo el orador, contento con aquel incidente que le permitia conceder alguna trégua á la fatigada atencion del auditorio; bostezas!... no eres tú seguramente el que hubieras inventado lo que acabas de oír. ¡Prefieres abrir la boca! No tienes, como esos señores y señoras, deseos de instruirte; ¡no eres digno de mi remedio!... ¡Puedes marcharte, no te le daré!!!... ¡Véte!... Siempre quedarán en derredor mio, gentes capaces de oír y entender.

La acometida ó agresion era brusca y atrevida, pero como el mozo era bonachon y el auditorio complaciente, y ademas estaba lisongeado con las espresiones halagüeñas que le habian dirigido, el apostrofado no hizo más que salir humildemente de entre la multitud. Por lo que á mi hace estaba asombrado de encontrar en semejante sitio, pormenores anatómicos tan exactos, aunque un poco incompletos. Parecia que aquel hombre habia aceptado el desafio que mis ojos le habian dirigido, para que dijese algo sensato y razonable. Prosiguió:

—Ese vaso grueso que veis ahí, que parte de la base del ventrículo izquierdo, es la aorta. Vedle ahí que se inclina á la derecha, dirigiéndose casi al momento hacia arriba, y describiendo una curva que tiene la forma de un báculo ó cayado. En efecto, se le llama el *cayado* de la aorta. Si ahora la seguís con atencion la vereis descender á lo largo de la espina de la espalda, lo que nosotros los sabios (y se pusó erguido), llamamos la columna vertebral. Héla ahí actualmente en el vientre: ahí abajo, se divide en otras dos, que se llaman iliacas primitivas: estas se subdividen en otras dos que se llaman iliaca interna y esterna: y observadlo bien, no hay mas que esa gruesa arteria. Mirad cuantas ramas tiene desde su punto de partida hasta su llegada. Todos los órganos los tienen; ella se las da. Ved ahí las carótidas para el cuello y la cabeza: ved ahí las axilares para el sobaco, que llegarán á ser las brachiales en el brazo, radiales y cubitales en el antebrazo, etc. Ved ahí las intercostales, las que se estienden á lo largo de los costados: ahora las que van á distinguirse en los bronquios, en el exofago, y el mediastino. Hé, tú, que te ocultas allá abajo y haces muy bien (el charlatan habia descubierto á su sufrida víctima de hacia un momento), trabajas en valde, tienes ictericia, tienes malo el higado: acércate, acércate, te le enseñaré, y tambien



el tronco celiaco que viene desde la aorta, y divide sus ramas entre el estómago, el hígado y el bazo. Mira, hé aquí los riñones y las arterias renales, tan cortas y tan gruesas. Todas esas arterias, amigos míos, van siempre disminuyendo, disminuyendo, disminuyendo, hasta que llegan á hacerse delgadas, delgadas, delgadísimas; entonces mudan de nombre y se llaman vasos capilares: y esos vasos capilares, á su vez, gradualmente engruesan, engruesan, engruesan, y continúan con las venas esos gruesos cordones sanguíneos que veis en el dorso de vuestra mano, cuando habeis trabajado bien, ó hace mucho calor. Las venas, muy numerosas, son tubos que vuelven á llevar la sangre al corazón, y presentan en su capacidad pequeñas lengüetas, que se llaman válvulas. Por donde quiera que os he mostrado arterias, hay también simétricamente venas que las rodean, y que casi siempre llevan el mismo nombre que ellas, con muy cortas escepciones. Hay dos gruesos troncos, en que por decirlo así, se resumen todas las venas del cuerpo: la vena cava superior, depósito común de las venas de la mitad superior; y la vena cava inferior: tronco común de las de la mitad inferior, ambas, como lo veis aquí, van á parar á la aurícula derecha.

Luego, el charlatan cerró bruscamente su libro.

Estaba mas estupefacto, de lo que yo pudiera espresar, de aquel compendio, muy breve sin duda, pero sin embargo, sumamente exacto, y que podia dar una idea suficiente de los órganos circulatorios. Faltábale la descripción de circulación; pero mi hombre habia hecho bastante por la ciencia, é iba á trabajar en provecho suyo: porque enderezándose y mostrando su elevada estatura, se puso á ponderar con los encomios de costumbre su remedio, que daba bajo dos formas, en sólido y en líquido; una agua y una pomada. El precio como de ordinario, no era mas que el de dos cuartos, y qué son dos cuartos cuando se trata de restablecer la salud deteriorada ó de impedir que se destruya?

Así es que el carruaje quedó bien pronto vacío de botellitas y tarritos, aunque estuviese bien provisto. En un principio, me habia propuesto como el común de los mártires, comprar mi pequeña parte de la panacea universal; pero evidentemente habia mudado de parecer. Permanecía pensativo y procuraba salir de entre la muchedumbre, cuando un caballero de cierta edad, me dirigió la palabra con benevolencia.

—Y bien, joven viagero, me dijo, ¿qué pensais de ese charlatan?

—Pienso, caballero, le contesté, que es ignominioso el ver envilecerse así en público, á un hombre que hubiera podido dirigir mejor las facultades de que parece dotado. Por lo demás, seria de desear, que cada escolar, al salir del colegio, llevase nociones anatómicas tan exactas y completas, como las de ese industrial de baja estofa.

—Teneis razon, replicó mi interlocutor, porque lo que ha dicho me ha interesado vivamente; y aun siento que nos haya dejado en la mitad del camino; porque al cabo, hubiera deseado saber cómo circula la sangre.

La ocasion era propicia, para ostentar los conocimientos médicos que yo habia ya adquirido, y así me apresuré á aprovecharla.

—Sí, continué yo poniéndome erguido con altiva modestia ó con modestia muy altiva, como gustéis, caro lector, si asi os place: caballero voy á procurar satisfaceros en ese punto.

—Pues os doy las mas sinceras gracias, y ya os escucho, me respondió el desconocido.

Bien meditado todo, mi proposicion era tal vez muy temeraria, no obstante el recelo de parecer menos instruido que un charlatan, y esa feliz confianza, que hace que á los veinte años no se dude de nada ó de muy pocas cosas, me alentaron á proseguir, y comencé con valor.

—La palabra circulacion envuelve en sí, primeramente la idea de un círculo, y en segundo lugar la de un movimiento que obra en el sentido de ese círculo. La circulacion, en efecto, es una funcion por la cual la sangre sale del corazón, y va, por medio de las arterias, dotadas de una fuerza especial de impulsión, hasta las estremidades del cuerpo, distribuyendo al paso el alimento y la vida, y luego vuelve á su punto de partida, conducida por el sistema venoso. La sangre proveniente de la mitad derecha del corazón, sigue las ramificaciones de la arteria pulmonar, penetra en los pulmones en donde la aguarda la hematosiis, es decir, la revivificación, y despues se inclina y cae en la aurícula izquierda por las venas pulmonares. Esta es la pequeña circulacion. La sangre que parte de la mitad izquierda del corazón, atraviesa todas las arterias del cuerpo, vuelve á entrar en las venas, y á caer en la porción derecha del centro circulatorio. Esta es la grande circulacion. Pero debe tenerse entencido, que tanto la grande como la pequeña, no son mas que partes de un todo, y en una palabra, que no hacen mas que una sola y misma cosa. El Criador ha debido cuidarse poco, sin duda alguna, de las pequeñas divisiones, y pequinísimas subdivisiones, que plugiese á los hombres, todavía mas pequeños hacer ó introducir en su sublime obra.

—Comprendo todo eso, mi joven amigo, pero preferiria mas pormenores.

—Sea en buen hora, repliqué con viveza, un poco picado, pero interiormente lleno de aprecio hácia un hombre dotado del difícil talento de escuchar. Las venas contienen sangre negruzca, que necesita tomar prestada, de la accion del aire y del pulmon, una vida nueva: lo sangre negra de las venas cavas y de la grande vena cardiaca, afluye á la aurícula derecha en la misma proporcion que el ventrículo izquierdo arroja sangre colorada, al través de las arterias del cuerpo. La aurícula derecha se contrae y la espele al ventrículo derecho, el cual se contrae á su vez. Entonces se efectuan dos fenómenos. Primero: la columna sanguínea, aplicándose sobre la válvula tricúspide la cierra exactamente y por consiguiente no puede refluir á la aurícula. En segundo lugar, oprimida lateralmente por las paredes del ventrículo, que en virtud de la contraccion muscular, tienden á reunirse ó á acercarse, se ve obligada á pesar sobre las válvulas semicirculares del orificio arterial, las cuales se bajan dejándola penetrar en la arteria pulmonar, que se contrae en aquel momento, y dirige la sangre á las capilares de pulmon. Allí, se pone roja, es decir, arterial, y luego la reunen las venas pulmonares, que la acarrear hasta la aurícula izquierda. La aurícula izquierda se contrae entonces, arroja la sangre en el ventrículo del mismo lado, el cual, contrayéndose á su vez, la hace pasar á la aorta, cuyo enérgico impulso la envía á todos los órganos, á los que sus numerosos ramos se distribuyen. De las estremidades arteriales, el precioso liquido pasa á las ramificaciones capilares, y de allí á las venas, las cuales la vuelven á llevar á las cavidades derechas del corazón.



Así en resumen, la sangre todavía regenerada, pasa de la mitad derecha del corazón al pulmón, en donde se regenera: del pulmón, á la mitad izquierda del corazón, de allí á la aorta, y hasta que vuelva á ser recogida por las radículas venosas, emplea las cualidades que ha vuelto á encontrar en el órgano respiratorio, en alimentarlas diferentes partes del organismo á que es dirigida. Lo que se llama el pulso, es el movimiento de dilatación impreso á todo el sistema arterial, por la sangre que allí hace penetrar cada contracción del corazón; dilatación que se designa con el nombre de diástole, y á la que sucede el systole, que no es mas que la vuelta del vaso sobre sí mismo.

—Admito todo eso, me dijo mi benévolo discípulo, pero admitid vos también la última pregunta. Me parece recordar vagamente, que en mi juventud oí nombrar una vena porta, de que no habeis hablado.

—Tranquilizaos, mi querido caballero, respondí sonriéndome, aunque los de la nueva escuela hemos alterado muchas cosas, nos hemos dignado conservar esa anticualla. La vena porta, en efecto, merecia ese escudo de indulgencia. El sistema venoso abdominal, es un sistema aparte: punto de reunión confluyente, si le preferís, de todas las venas que vuelven á llevar la sangre de los órganos digestivos situados en el abdomen, ese tronco común, debería, segun le ley general que nuestro hombre casi ha formulado, terminarse en un tronco mas grueso todavía, la vena cava inferior, por ejemplo: en vez de eso, se ramifica en el tejido del hígado, á la manera de una verdadera arteria. Al volver de los órganos digestivos, la sangre se reúne en la vena porta y de allí se proyecta en el tejido del hígado, en donde las venas llamadas sub-hepáticas la vuelven á tomar para conducirla á la vena cava inferior y devolverla á la circulación general.

Aquí llegaba, no muy descontento, debo confesarlo, de mi pequeño ensayo científico, cuando mi anciano caballero comenzó á reír. Me disponía á preguntarle cual de los dos, la vena porta ó yo, escitábamos su buen humor, cuando fijando mis ojos en los suyos, cuya dirección siguieron instintivamente, descubrieron otro tercer interlocutor, que era nuestro charlatan.

—Y bien, señores, nos dijo con una razonable dosis de descaro y desvergüenza, ¿no me comprais mis dos últimas botellas y mis dos últimos botes? Os los he reservado: tanto peor para el emperador del Brasil y el rey de Congo: cuatro cuartos no es mucho pagar por una lección sobre la anatomía de los órganos circulatorios.

—A fe mía, le contesté cambiando dos de mis monedas por su frasco y su tarro, es hoy asombrado, forzoso es decirlo, de veros poseer semejantes conocimientos, y vender en la plaza como específicos prodigiosos, agua de Colonia, y ungüento que ni cura ni mata.

—En primer lugar, me respondió gravemente, os suplico que distingamos: mi agua no es de Colonia, porque me costaría demasiado cara; es agua del río... mi ungüento no es el que ni cura ni mata, porque la fórmula se ha perdido desde Paracelso: es manteca sin sal. Vos viajais, joven, mi botella os preservará de la sed, y mi manteca servirá para que vuestro calzado no se estropee con los guijarros del camino. Todo es benéfico, y como veis, no habeis perdido vuestro dinero. Sin embargo, quiero daros todavía algunas explicaciones por añadidura. Sabed, pues, que no siempre me divierto en celebrar sesiones como la que hace poco, porque esto fati-

garia demasiado y produciría muy corto lucro. Antes de comenzar he leído desde luego en vuestros ojos, que estaba destinado á servir de juguete, y he querido tomar por asalto en vuestras impresiones de viaje, un sitio enteramente opuesto al que queráis darme. No debeis juzgar por las apariencias, joven.

—En buen hora, le dije, pero vos no me explicais lo mas importante, á saber, que se encuentra en la plaza, permitidme que os lo diga todo, y encubierto con el traje que llevais, un hombre, que por su trabajo, hubiera podido, hubiera debido tal vez, seguir una carrera mas honorífica y honrada.

—Caballerito, respondió un poco contristado, hay en la vida necesidades que os imponen la obligación de vivir un poco mas de prisa, sin que haya espacio para discutir detenidamente consigo mismo el mejor medio que puede adoptarse. Yo he tropezado con esas necesidades, y apremiado á mantener mi familia, he pensado que lo mas importante en este mundo es el tener una idea, una cuando menos, y explotarla con habilidad. Busqué, pues, mi idea, la encontré y me hice charlatan. Como ya veis, las palabras no me asustan, y os aseguro, que ni que el año sea bueno ó malo, es oficio provechoso.

Mi rostro espresó un disgusto y una repugnancia involuntarias.

—¿Pues qué, prosiguió, creéis que yo no sirvo mas que para figurar en una horca? Obro en poblaciones sencillas y crédulas, es cierto; las aligero el peso de algunas monedas que quizá no las molestaban, también es verdad; pero en último resultado, doy mas que quito. Mi agua, cuyo secreto os he descubierto, es incontestablemente maravillosa. Hago echar algunas gotas de ella en cierta cantidad de agua fria, la aplico sobre las torceduras de pie, inveteradas ó recientes, las contusiones fuertes ó leves, las úlceras de todas clases, y las llagas, sean las que fueren, y os aseguro que hago milagros. En cuanto á los demás dolores humanos, no los aumento, lo cual es un mérito, y aun con frecuencia los alivió, con solo la confianza que inspiro con un remedio inofensivo. Los antiguos se frotaban con aceite, yo doy frías con manteca á los modernos: ¿qué teneis que censurar en esto? Soy el rey de los charlatanes, porque soy literato. Escuchad; voy referiros una anecdota, que fué la que me hizo adoptar mi idea, es decir, mi vocación. Uno de los médicos mas célebres de Londres, vió un día en una plaza una reunión bastante numerosa. Se aproximó y vió que escuchaban á un charlatan, que discurría imperturbablemente sobre todos los males que afligen al género humano, y que, por supuesto, vendia con que hacerlos desaparecer. El médico reconoció en el charlatan á un antiguo criado suyo que habia estado largo tiempo á su servicio. Concluida la sesión, el criado, que también habia visto á su amo, se dirigió hácia él, se felicitó por haberle encontrado, y le dió las mas espresivas gracias, como causa primitiva de su fortuna. Algunos términos de medicina, bien ó mal pronunciados, que habia podido aprender cuando desempeñaba sus faenas domésticas, habian sido para él como la revelación de una industria completamente nueva.

—Pobre Jhon, le dijo el médico, has tomado un oficio que te hará ir á morir al hospital.

—¿En el hospital?... replicó Jhon ¿cuántas personas os parece que pasan al día por esta calle en que nos encontramos, que es una de las mas concurridas de Londres?



—Me parece que unas veinte mil.

—Pues elevad la suma hasta cuarenta: de esas cuarenta mil personas ¿cuántas suponeis sabias y razonables?

—Supongo que unas cinco mil.

—¿Cinco mil?... ¡Oh!... teneis una opinion demasiado ventajosa de la humanidad, querido amo; dejadlas en mil; no, todavía son muchas, quinientas, ya puede ser un número mas exacto. Pues bien, esas quinientas personas serán vuestros clientes, y las otras treinta y nueve mil quinientas me pertenecen en cuerpo y en fortuna.

—Estoy enteramente conforme, prosiguió el charlatan de los Andelys, con las ideas de mi compañero de Londres, y gano mas con mi agua y mi manteca, que muchos doctores que creen en la nobleza del hombre y en la dignidad del arte.

—Es muy posible, le contesté; sin embargo, escuchad todavía dos palabras. Por mi parte os doy gracias por vuestra leccion de anatomía, con la que, hablando de buena fe, no contaba; pero ¿pensais que queda algo de ella en el ánimo de vuestros oyentes?

—¿Y eso qué me importa? respondió con vivacidad mi hombre, estoy seguro de que su dinero permanece en mi bolsillo, que para mí es lo principal. Además, la última sesión no ha sido mas que una escepcion, pues estaba destinada para vos especialmente. Sin embargo, os engañaríais si creyéseis que no suele convenirse con frecuencia á mayor número de personas con una verdad que con dos mentiras. Dejando á un lado la nomenclatura anatómica, de que solo me he servido para probaros que la conocia, todos esos buenos campesinos pueden, como cualesquiera otros, interesarse en un momento dado en la esposicion y desenvolvimiento de los fenómenos naturales. Dios me perdone, pero quiero que os convenzais enteramente de que no tratais con un charlatan ordinario, y que estoy al corriente de cuanto pasa, se lee y se dice.

Oid está curiosa anécdota, que Arago refirió en la cámara de 1837, en la discusion del proyecto de ley sobre la instruccion secundaria.

Eulero, el grande Eulero, era muy piadoso. Uno de sus amigos, sacerdote en una iglesia de Berlin, le dijo un dia.

—La religion se encuentra perdida, la fé ya no tiene bases, y el corazon no se conmueve ni aun con el espectáculo de las maravillas de la creacion. ¿Podreis creerlo? yo he procurado presentar esa creacion bajo su aspecto mas hermoso y mas sublime, y he citado á los filósofos antiguos y hasta á los poetas. La mitad del auditorio no me ha escuchado, la otra mitad se ha dormido ó ha abandonado el templo.

—Haced la esperiencia que voy á indicaros, le respondió Eulero. En vez de tomar la descripcion del mundo de los filósofos y de los poetas, tomad el mundo de los astrónomos. En ese sermón tan poco escuchado, probablemente siguiendo á Anaxágoras, habeis hecho del sol una masa igual al Peloponeso. Decid á vuestro auditorio, que segun medidas exactas é incontestables, nuestro sol es un millon doscientas mil veces mayor que la tierra. Sin duda habeis hablado de los abovedados cielos de cristal, pues decid que no existen, y que los cometas los harian pedazos. Los planetas en vuestras esplicaciones, solo se han diferenciado de las estrellas en el movimiento. Advertid á vuestros oyentes que son mundos; que Júpiter es un millon cuatrocientas mil veces mayor que la tierra, y Saturno nueveveintenas veces. Al llegar á las estrellas no citeis leguas, el número

sería demasiado grande y no se apreciaria. Tomad por escala la velocidad de la luz: decid que recorre ochenta mil leguas por segundo, añadid en seguida que no hay estrella cuya luz tarde menos de tres años en llegar hasta nosotros, que hay algunas cuya luz necesita treinta años para llegar á nosotros, y con este nuevo plan, subid osadamente al púlpito.

El consejo fué seguido. En vez del mundo de la fábula, el predicador descubrió el mundo de la realidad. Eulero aguardaba á su amigo con grande impaciencia. Llegó en fin con el semblante triste y de una manera que parecia anunciar la desesperacion.

El geómetra asombrado le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Caballero Eulero, contestó el párroco, soy muy desgraciado... han olvidado el respeto que debian al santo templo; me han aplaudido!...

Semejante historia, dicha con tantos pormenores y memoria por aquel hombre de rostro inteligente y casi distinguido, pero con un traje ridiculo y grotesco, nos sorprendió al anciano caballero y á mí, y nos dejó como clavados en el suelo.

El charlatan se sonrió, y contento con el efecto que habia producido, nos dijo con aquella ironia y soflama que no habia abandonado un instante:

—La anécdota de Eulero es estraña ¿no es verdad? Veinte veces en la plaza pública me he divertido en comprobar su exactitud, y otras tantas he obtenido el mismo resultado. No me aplaudieron, porque yo estoy por lo positivo, y aprecio en muy poco los aplausos; pero me compraron mi específico, que es lo real y vale mas. Asi, pues, caballeros, tenedlo por dicho (y se quitó su magnifico sombrero, incluso su penacho y las plumas), bebed mi agua y untad con mi manteca, porque si no os hace provecho, tampoco os hará daño. Luego se dirigió magestuosamente á su carruaje, y desde allí nos envió con la mano el último saludo, familiar y casi amistoso.

—Y bien, jóven amigo, me preguntó mi primer interlocutor, ¿qué pensais definitivamente de ese hombre original?

—Pienso, le contesté, que me ha chasqueado. Contaba divertirme con él y se ha divertido conmigo; sin embargo, me ha sorprendido tanto como me ha interesado. Su moral es un poco elástica, y á fuerza de estirla llegará á ser muy relajada. No opino como él, que el dinero del público pueda ocupar el lugar del aprecio y de la estimacion de los demas, y del respeto de si mismo. Sin embargo, entrando en un orden de cosas mas elevado, me parece de una exactitud suma este aforismo de Amadeo Latour, el hablador mas sutil é ingenioso del mundo médico: «cuando se piensa en la estúpida credulidad de los hombres en materia de medicina, no debe asombrarnos el que sea tan crecido el número de médicos charlatanes, sino el que haya tantos médicos honrados.»

—Teneis razon, me dijo el caballero, la conciencia exige...

—Perdonadme, le interrumpí, soy de su parecer y del vuestro; pero he ahí el barco de vapor que me reclama. Nos saludamos y me embarqué.

De ese modo, en 48... el barco de vapor de Ruan ó steam-boat, como os plazca, me proporcionó el mismo dia la doble ventaja de ganar una leccion de anatomía y perder otra de moral.



## ESTUDIOS DE VIAGES.

## LONDRES Y LOS INGLESES.

(Conclusion).

En tanto que recorriamos los salones de Greenwich, un caballero de una edad madura y de una elegante austeridad, condecorado con muchas órdenes, solicitando ver la enfermería solicitaba ganar partidarios para su designio. Pero nadie se manifestaba curioso para ver á los enfermos, aun cuando este caballero se contentase solamente con preguntar el estado sanitario, por el cual tomaba el mas vivo interés.

—La cercanía del mar y la humedad del clima, decía en

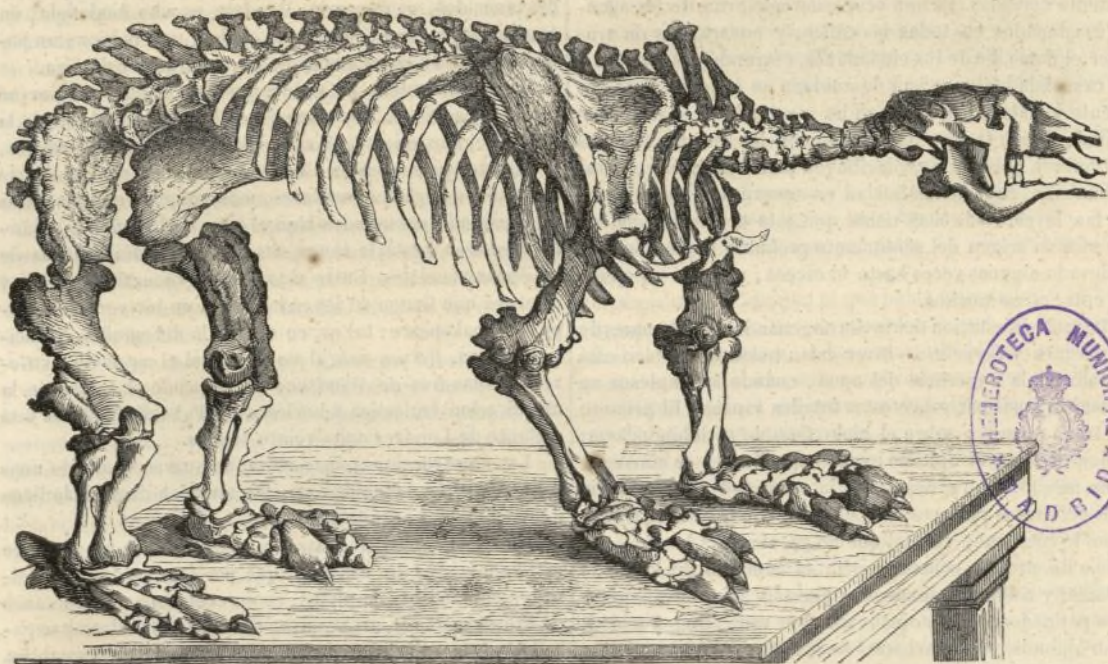
mos? A la hora de comer, este hombre estravagante se colocó á mi izquierda. Le observé por la primera vez, y no sabiendo si pertenecía á la expedición, pregunté á mi inmediato.

—Es de los nuestros, me dijo; es el famoso doctor X..., autor de un tratado sobre las enfermedades extrañas y complicadas. Nosotros no le vemos mas que por la noche y por la mañana, pues pasa su tiempo en los hospicios y en los barrios pobres, estudiando asuntos útiles á sus observaciones. Dice que ha descubierto enfermedades desconocidas...

—¿Las ha curado?

—Las ha descrito.

—Esta ciudad ofrece menos interés del que yo me esperaba, me dijo al final de la comida este doctor, con el que no habia ligado conversacion; enfermedades vulgares, mal



Esqueleto de un megaterio, en el Museo británico.

buen inglés, debe desarrollar aquí las afecciones linfáticas y los males cutáneos. ¿Posees la tiña?

—No señor.

—¿Ni la plica?

—No conozco esa enfermedad.

El que preguntaba suspiró tristemente.

—Por lo demas, añadió (y despues de otro suspiro), ¿los tumores blancos no son sin duda raros?...

—Al contrario, caballero; nuestros hombres tienen un temperamento seco, y son por lo general muy sanos, respondió el guardian; pero si queréis informaros mejor, allí está el médico en jefe...

—Es inútil seguir preguntando á este hombre, porque nada me enseñará.

¿Cómo no desdeñar á un doctor que tiene tan pocos enfer-

TOMO XI.

desarrolladas... En este momento me entregó á indagaciones acerca de la lepra...

—Yo creia que esta enfermedad habia desaparecido hacia ya muchos siglos.

—Tengo miedo de que así sea efectivamente, porque me impide que la analice con perfeccion... Sin embargo, hay gérmenes momentáneamente estériles que llegan á fecundar; aqui todo es oscuro.

Y al mismo tiempo que comia el doctor X..., miraba perspicazmente la epidermis facial de los convidados.

El día despues de la comida en Greenwich, mientras que mis compañeros se embarcaban en el Támesis, pasé á Westminster, y detenido cerca del puente en Manchester-Buildings, pequeña calle, habité en un primer piso de una casa particular, en la que me llevaban doce chelines por semana.

18.



na. La posadera se llamaba miss Ruth. Este cambio de barrio, fué causa de que la primera noche me estraviara al buscar mi domicilio. Un agente de policía, á quien supliqué me enseñara, me hizo señas para que le siguiera. Al fin de la calle me confió á otro agente, á quien no dijo mas que estas dos palabras: *Manchester-Buildings*. Este me escoltó doscientos pasos y me entregó á otro, que me pasó á otro, y este último á otro, de los cuales conté hasta doce, igualmente silenciosos, hasta el momento en que el último me indicó con el dedo una puerta que ya yo conocia.

Saqué una llave que la posadera me habia dado, y abrí sin incomodar á nadie; encendi una bugia, eché los cerrojos y tendí contra la puerta una cadena de hierro, cuyo último anillo se ajustaba perfectamente sobre una especie de escarpia terminada en espiral, á fin de que no pudiera ser fraudulentamente levantada. Durante mi tránsito, yo habia observado á algunos hombres que parecian ocupados en revisar las cerraduras de las casas, y no se apartaban hasta que tenian una completa seguridad de que estaban herméticamente cerradas. Es una ocupacion nocturna de los agentes escalonados en todas las calles, y encargados de proteger el domicilio de los ciudadanos, cerrando sus puertas si por casualidad ellos se han descuidado en hacerlo. Esta excelente y paternal institucion ha suprimido el robo en esta ciudad, donde tanto y tanto abundan los rateros. Pero las costumbres públicas no contribuyen menos á hacer respetar el domicilio, cuya inviolabilidad es consagrada por el uso y por las leyes. Nada mas noble que esta proteccion moral, que saca su origen del sentimiento profundo de la libertad. Es llevada algunas veces hasta el exceso, y citaré un ejemplo entre otros muchos.

Durante la estacion del invierno, cuando los estanques de los parques y *Serpentine-River* están helados, no bien está cristalizada la superficie del agua, cuando los ingleses se apresuran á patinar sobre estos frágiles espejos. El primero que traza un surco sobre el hielo flexible y débil todavia, es digno del mayor aplauso; esta imprudencia se convierte en un mérito. Entre nosotros, la autoridad obstaculizaria estos peligrosos placeres; en Londres, donde cada cual obra como le conviene, con tal que no se atente á la independencia de otro, la policia respeta el capricho de los patinadores, y rinde homenaje á su libertad, mirando ahogarse á los patinadores sin conmoverse por eso. ¡Qué crueldad! dirán algunos. ¡Qué barbarie! Nada, esta indolencia redundando en provecho de la humanidad, pues las industrias, siendo libres como los individuos, se han establecido sobre los canales espectadores suministrados de aparatos de salvacion, que unen á los pies de los patinadores imprudentes, los vigilan de cerca, y comparten con ellos sus peligros con una adhesión que no se determinaria á prescribir la ley, dispuestos á coger las víctimas, á salvarlas, haciéndoles pagar caro tan precioso servicio. De aqui resulta que se llega á ser sabio y juicioso por economía, y que la locura es castigada con una multa, provechosa á los que la pagan como á los que la reciben.

Ser protegido por la sociedad es descender de su rango; esta humillacion pertenece solo á los animales: existen sociedades *proteccionistas* en provecho de los animales; se procede jurídicamente contra aquellos que los maltratan, y hasta se corre menos peligro dando de palos á su muger que dándole un puntapie á un perro.

Ciudadanos á su manera, los cuadrúpedos poseen derechos con garantías, no aparecen sombríos, y circulan por entre la multitud en completa seguridad. Jamás es castigado un caballo inglés; el mas flacuchó y de peor estampa se mezcla con el gitano en el tumulto popular: se le toca, se le acaricia, se le habla, y el animal aprueba y escucha con filosofia. En las grandes carreras de *Ascot-heath*, admira esta cordial costumbre, y no es mas que uno de los menores detalles de este espectáculo, el mas singular de todos cuantos se presentan en Inglaterra.

Un jueves, poco despues de Pascua de Pentecostés, fui con dos amigos á la célebre Bruyere d'Ascot, despues de haber hecho una estacion en Windsor, de que hablaré antes, aunque someramente, para proceder con orden.

Situado sobre una altura, á veinte millas de Londres, el castillo de Windsor pasa con justo motivo por la maravilla de la Inglaterra. Este monumento constituye la mas completa y la mas larga historia que se ha escrito en piedra. Todos los siglos han dejado alli su huella, todos los poderes desvanecidos, su recuerdo. Windsor es una ciudadela, un castillo gótico, una abadía, una ciudad, una prision, un palacio; reúne en sí los anales de la monarquía británica.

La ciudad entera no parece justificada mas que por un pretexto, edificada por casualidad. En el seno mismo de la vida y del movimiento, Windsor parece á veces un desierto.

El Támesis serpentea alli como una cinta azul, cubierto acá y allá de árboles seculares, mas antiguos que las casas de la ciudad, encorvados bajo el peso de los años y dejando arrastrar hasta la tierra sus ramas contemporáneas de las épocas feudales. Entre éstos olmos venerables, los hay célebres que tienen su leyenda escrita en los versos de Pope, de Shakspeare: tal es, en el ángulo del camino, la encina de Hern, *Hernes-oak*, al pie de la cual el autor de las *Gozas comadres de Windsor*, ha colocado el teatro de la mistificacion fantástica y burlesca de Falstaff. Windsor está distante de Londres unas veinte leguas.

Las construcciones mas estrañas aparecen alli las unas sobre las otras, reunidas en este almacén demasiado lleno de curiosidades arquitectónicas.

Uno de los mas singulares y de los menos previstos de estos accesorios de Windsor, que por otra parte constituirian monumentos completos, es un cláustro contemporáneo de Eduardo III, y cuyas ojivas situadas entre dos altas paredes yacen en la humedad y en el silencio de las sombras.

Alli dejamos á Windsor para dirigirnos á *Ascot-heath*, á donde llegamos.

¡Qué movimiento de carruages, que rodaban en todas direcciones! Todos marchan hácia *Ascot-heath* para asistir á las carreras de caballos de Pentecostés. La ocasion era preciosa, única, el dia tibio y risueño; nos metimos en la imperial de un ómnibus.

Ascot es un terreno desigual, montuoso, árido, un desierto, que llega á ser pintoresco á fuerza de su desolacion. De pronto se oye una campana y sucede un gran movimiento, para que la arena, atestada de gente quede pronto vacía; todos toman su posicion respectiva, todos afluyen contra las barreras, porque va á comenzar la carrera. Se redoblan los clamores y los gritos: once caballos van rasando la tierra con su vientre, alargando el cuello y las piernas semejantes á una nube de flechas.

Desde el momento que han desaparecido, la multitud



invade nuevamente la arena, preguntan, hablan confusamente; la reserva británica ha desaparecido, el entusiasmo llega á su colmo; y cuando dos minutos después el proclamado vencedor recorre la arena, el caballo se ve rodeado y colmado de parabienes. En este momento no habla la pasión, sino el delirio, la embriaguez, el frenesí; los sombreros vuelan por el aire, y los clamores suben hasta las nubes; en fin, la multitud electrizada se entrega á los trasportes de una alegría loca.

Tal es el único y poderoso elemento, tal es el efecto de las pasiones públicas en este floreciente país.

#### CAPÍTULO VI Y ÚLTIMO.

Fisonomía del domingo en Londres.—Figaro.—Últimos momentos de Roberto Peel, entierro público.—La docta ciudad de Oxford y sus veinte y dos colegios.—Pretendida superioridad de los caminos de hierro británicos.—La vida es un viaje.—Encuentro del *Solitario*.—Peregrinación á las ruinas de Kenilworth.—Un castillo encantado.—*Hastings* y Guillermo el Conquistador.

Después de una semana de trabajo, de actividad, de placeres y de fatiga, Londres sucumbe y queda tranquila en un reposo de veinte y cuatro horas. Desde el sábado por la noche la ciudad toma otro aspecto, cesa el movimiento, y á la mañana siguiente se levanta el sol sin despertar á la ciudad, cuyas calles quedan mudas y silenciosas.

El mal humor inherente á los ingleses exagera la severidad religiosa que preside á este día de obligatoria recreación. Se cierran los establecimientos públicos el domingo: museos, galerías, teatros, y hasta las iglesias, excepto las horas de ceremonia. No es costumbre hacer visitas en este día, consagrado á Dios y á la familia. El móvil de esta costumbre es la igualdad.

Los ingleses, entre nosotros, pasan por inhospitalarios, y verdaderamente no sé por qué. Sin afirmar nada respecto á este particular, me limito á consignar mis propias experiencias, porque yo no he encontrado mas que maneras agradables, y un humor servicial por todas partes y en todas las clases sin escepcion. Los españoles se creen tambien objeto de una reprobación completa porque se dejan crecer la barba, y es preciso confesar que esta moda es poco agradable en un país donde el gusto por el *rape* se extiende hasta en las praderas.

Se trataba, pues, de descubrir á Walthamstow; yo me encontraba en la Cité, las tiendas estaban cerradas, y confiaba en la bondad de los *citadinos*. Estaba escrito que haría sobre este particular experiencias muy edificantes. He aquí cual fué mi Odisea:

Un vendedor de tabaco me aconsejó que fuese á *Bishops'-gate street*, núm. 30, donde probablemente hallaría carruages. Esta calle estaba lejos y era de un acceso difícil; me fué necesario preguntar muchas veces en el camino, y la última vez que pregunté llegué á un barrio donde había tres calles que tomaban una misma dirección. Nuevos contratiempos. Me tocaron en el hombro; era la última persona á quien había preguntado, la que preveyendo sin duda, había vuelto para seguirme sin que yo lo reparase por espacio de cerca de un cuarto de hora. Sonrióse por haberlo adivinado, designóme el camino que debía seguir, y se fué sin escuchar mis demostraciones de gratitud.

En *Bishops'-gate street*, sucedió que mi primer guía se había equivocado acerca del número. La casa indicada no

me ofreció mas que una taberna entreabierta, donde habiendo penetrado me hallé en medio de unos cuantos bebedores, gentes del pueblo, de ojos borrachunos y pómulos salientes y encarnados. Se detuvieron los conversantes y yo me callé. En el mostrador había un muchacho bastante limitado, del cual me hice entender de mala manera, y á quien yo no comprendí nada absolutamente. Los prácticos intervinieron á porfía, pero todos pretendiendo hacerse escuchar, solo me atraían y tomaban posesión de mi persona. Al fin me fué indicada la oficina ni bien ni mal; fui á buscarla, y no habiendo en contrario nada regresé á la taberna. Nuevas esplicaciones; yo era inepto, y estas gentes, desoladas, se mostraban verdaderamente pacientes y buenas en su cordialidad familiar. Uno de ellos tomó un gran partido echando una mirada enérgica sobre su vaso lleno, le vació á medias, me miró en seguida; y dejando la taberna con un suspiro murmuró: *come here*; cogió mi brazo y me llevó á la calle; la distancia era larga, me condujo hasta la puerta misma y me dejó.

La hora de la partida había pasado y yo debí renunciar á mi proyecto; pero curioso por conocer á fondo la paciencia de aquellas buenas gentes, volví á entrar por tercera vez en la taberna, donde mi aspecto produjo una especie de consternación. Sin embargo, ofrecieron conducirme otra vez; anuncié que había encontrado la oficina, y para completar mis señas multipliqué las preguntas y la hora de las salidas, y hablé sobre la distancia y los medios de volver. Su benevolencia fué inagotable, su buen humor no terminó, y su cordialidad perfecta. La mayor parte de ellos estaban borrachos.

Ofrecí un vaso de rom al que había molestado, y yo bebí á la salud de todos. Me correspondieron con un brindis á la salud de los españoles, dí las gracias, de lo cual parece que quedaron encantados; solamente hubo uno que me dijo:

—Señor, viva el gobierno español. Pero al momento le reprendieron esta indiscreción.

Yo iba, pues á Walthamstow á la mañana siguiente á las diez. Llegando á la oficina un poco tarde y en ayunas, pregunté si tendría tiempo para almorzar, y para ello me informé de una taberna. Dejando su cajón bajo la custodia de otro cochero, el conductor del carruaje me condujo, pidió mi desayuno y me dió de comer sin inquietud, prometiendo venir á buscarme en el momento de la partida. Tuvo la atención hasta de reservarme un buen puesto al lado de un caballero que hablaba español. Pedí cumplimientos de este género á los empleados de diligencias españoles: llenos de importancia, se consideran autoridades con relación al público...

Como había sol, las inglesas habían llevado sus paraguas, y para garantizarse del polvo, habían atado á sus sombreros pedazos de gasa verde, que les daba un falso aire de amazonas. Nosotros desdeñamos tales cuidados. Tuve una conversación muy tirada con el compañero que me tocó al lado, hasta que últimamente me dijo:

—¡Adios, amigo, ánimo! Hete aquí que hemos llegado al ángulo del camino de Walthamstow.

El tiempo había pasado muy pronto, merced á la estravagante fecundidad de mi compañero de casualidad. Su conversación contenía hechos singulares: yo los escribí abreviándolos, pero sin añadir nada.

El coche me había depositado en un camino solitario



rodeado de grandes olmos sacudidos por el viento; el terreno era arenoso, el país semejante á la llanura del campo de Guardias de Madrid, sin mas sombras, y separado de Londres por la parte del Mediodía.



Inválidos de Greenwich.

Aquí y allí se sucedían algunos establecimientos científicos, y yo ignoraba la situación de la posesión de Mad. F... que iba buscando. Tomé el partido de llamar á todas las verjas. Desde la primera reconocí mi error, viendo recorrer desde la entrada el personal de un pensionado de niñas. Mas lejos, otro *boarding-school*; un cartero me sacó de mi incertidumbre, designándome la residencia por que yo preguntaba. Llamo y entro; nuevo pensionado!

Se sabe que las familias inglesas son muy numerosas, pues se contaban allí los chicos á docenas. Ahora bien, cuando un extranjero aparece, los niños vergonzosos y tímidos corren á esconderse, al paso que las niñas, provistas ya de la seguridad propia de su sexo en este país, acuden curiosas á mirar al visitador. En una de estas pretendidas pensiones, tuve el tiempo de aperebir por una ventana baja, cuatro niñas alineadas de frente y dispuestas á marchar, con los coños unidos al cuerpo y la vista fija en un sargento instructor de infantería de la reina. Desde entonces me espliqué por qué los soldados me habian parecido marchar como las damas inglesas.

Me fué muy lisongero encontrar, en el colegio de Walthamstow, á una amable persona, que unía á la gravedad de las costumbres inglesas las gracias de la agudeza española. Casi acto continuo, vino el hijo de mi huésped á besarme como á un antiguo camarada. Esto me admiró bastante, pues habia visto lo contrario en otros puntos de Inglaterra. Es que en otras partes educan á los niños de otra manera. Las ayas ó instructoras alejan á los niños de la influencia de sus padres: ella vive con ellos de día y de noche. La madre asiste silenciosa á ciertas lecciones en el *school-room*, y sube sola á su aposento. En las casas inglesas donde

las costumbres acaban de amoldarse, la cueva pertenece á las cocinas y á la domesticidad. Impropiamente aquí de ignada, esta cueva, semejante á un cripto, está separada de la calle por un foso protegido por una verja; por eso en las calles nuevas, entre las fachadas de las casas y la baldosa hay un espacio vacío de dos ó tres metros de longitud. La verja está interrumpida delante de la puerta de la habitación que sirve de entrada á los amos, y el servicio tiene su escalera particular.

Sobre la fachada posterior del edificio, se edifica generalmente un patio á la altura de las cocinas, y el piso bajo del lado de la calle llega á ser un primer piso, pues los amos entran, salen y reciben enteramente al abrigo de la curiosidad de los criados. El piso bajo contiene el comedor y los aposentos destinados á la infancia; el salón y la cámara de los amos ocupan el piso superior.

Peró este austero uso sonreía menos á Mad. F..., que adora á su hijo y posee bastante tacto para mimarle juiciosamente. Por eso contrasta de una manera ventajosa con la salvage cuadrilla de su cuñada. Los niños comen á parte y á otras horas que sus parientes.

Después de lo referido, nada encontré que mereciera llamarme la atención, y de regreso á Londres, observé en el ángulo de Fleet-street la redacción del *Sunday-Times*, periódico del domingo y dedicado al pueblo, cuya redacción, cerrada la vispera, me habia escandalizado. El sábado precedente sir Roberto Peel habia sostenido contra lord Palmerston, á propósito de los asuntos de Grecia, su última lucha. Temible, elocuente como siempre, habia recibido, sin embargo, una interpelación, y el *Sunday-Times* cubrió de oprobio este nombre respetable. No podemos for-



El conde de Leicester.

marnos una idea de esta grosera licencia. Bajo las rubricas de *TRIMPH*, de *SHOCKING ACCIDENT AT S. ROBERTO PEEL*, este noble campeón de las ideas progresivas era tratado de *renegado*, de *criminal*, de *cobarde*, de *traidor*, de *atroz* y de *insolente*.



Ahora bien, á la hora misma en que yo descifraba estas indignidades, Roberto Peel, volviendo del palacio de Buckingham, y atravesando Saint-James-Park, era lanzado sobre la arena de *Constitution-Hill*, por su caballo, que cayendo sobre él aplastaba el cuerpo del célebre orador. El *Sunday-Times* se apresuró al día siguiente á llenarle de elogios; la multitud leía con ansia el boletín sanitario del enfermo; la consternación había llegado á su colmo. Londres pasó tres días en una continua y profunda agitación, y ví á muchas personas que iban cinco veces al día á saber el estado del enfermo á la puerta de Roberto Peel. Propagóse la noticia de que el tribuno había empeorado. Al volver á mi casa tristemente impresionado por este público dolor, tan honroso para el representante y para sus mandatarios, pasé por debajo de los balcones de la residencia de Peel. La noche era muy oscura, los grupos mudos y vueltos hacía la verja, separada por un pequeño jardín, veían brillar una luz débil.

Al cabo de algunos minutos, un agente se asomó por la verja, y todos se aproximaron á él sin ruido. Este dijo en inglés y con una voz muy calmada:

—Ha muerto....

Saqué mi reloj que señalaba las diez y cinco minutos.

Una hora después, todo Londres sabía el fatal suceso.

A la mañana siguiente desperté á mi amigo.

—¿Dónde vamos, me preguntó frotándose los ojos?

—Partimos á Oxford.

El tren directo atravesó tan rápidamente las sesenta y tres millas que separan á Londres, de la ciudad de los escolares, que al cabo de hora y media llegamos á Oxford.

Se lo preguntamos á un hombre que hallamos, el cual exclamó: Estamos en Oxford.

Era un hombre de cincuenta años, de un aspecto profesional: cara angulosa, nariz puntiaguda, labios delgados, ojos de gallo, é indicando astucia y perspicacia. Había tomado



La lucha.

asiento al lado nuestro en la estación, donde habíamos dejado á la izquierda, el camino de Bristol, para tomar el que nos guiaba á Oxford.



El vencedor y el vencido.



—Estos españoles, son verdaderamente aturdidos, decía á su muger y á su hija en inglés; no dudan nada.

Luego volviéndose hácia nosotros:

—¿Cómo van vds. á componerse? Las escuelas están en vacaciones y no tengo á nadie á quien recomendar á vds. Los guías de Oxford no hablan español, los habitantes de la ciudad tampoco; vd. no es prudente y sino me hubiese usted encontrado por casualidad, hubiera vd. vuelto sin haber visto nada.

Nosotros nos confundimos en cumplimientos.

—Yo no soy, prosiguió, enteramente dueño de mi tiempo, vamos para asuntos de importancia á Oxford, de donde saldré esta noche. Sin embargo, vd. no puede ser abandonado de esa manera....

—Caballero, respondí; jamás me he desesperado; todo lo espero de vd., y esperamos llenos de confianza y tranquilidad.

—La fé en la Providencia es una virtud cuando ésta no llega hasta la presunción. ¿Qué va vd. á ver en Oxford?

—La ínclita y venerable Universidad.

—Curiosidad de artista, en una palabra. El colegio de la Universidad... ¡Pero se cuentan veinte y dos! Oxford no es mas que un concilio de colegios.

El pensaba terrificarlos.

—¡Oh! exclamaba mi amigo, hemos hecho muy bien de venir aquí.

—Lo esencial para los extranjeros es visitar los mas bellos y los mas curiosos. Voy á conducirlos á ellos sucesivamente.

He aquí un hombre como se encuentran pocos, y un inglés como se encuentran muchos. No bien echamos pie á tierra, nuestro benévolo *cicerone*, depositó su familia con su bagaje en una casa, y sin perder el tiempo en vanas palabras, nos dijo que le siguiéramos.

A pocos instantes, atravesando claustros extraños, bajo bóvedas góticas y pasajes extravagantes, patios, jardines, cercados, completamos la vuelta á la ciudad, poblada con veinte y dos mil almas.

Entrevimos, á lo largo de este camino fantástico, milagros de arquitectura, perfiles admirables, ogivas, estatuas, palacios pertenecientes á todos los siglos, de Guillermo el Conquistador y de Carlos II. Mas extraño, mas suntuoso, mas imprevisto que Bruges ó Nuremberg, Oxford es una de las maravillas de arte de la edad media.

Multiplicando las esplicaciones, nuestro protector examinaba su reloj á cada paso, repitiendo.—Estoy muy de prisa... Vamos, venid pronto otra vez por este lado... (y redoblaba su paso. Nosotros silbábamos como una locomotora). ¡Gran Dios! exclamaba; ¡nada mas que diez minutos! Si faltase á la lección de arquitectura bizantina! ¿Qué pensaría el ilustre doctor Speaghull?

Hubiera sido muy justo darle libertad; pero fuimos crueles; los buenos viajeros lo inmolan todo á sus designios, y su contratiempo nos era demasiado útil. Reflexionando en ello aplaudía interiormente esta firmeza estoica.—Es, decía, que el doctor, esplica hoy una lección de arqueología en la catedral, sobre este mismo monumento, y ya comprenderéis...

—Que será muy interesante, sin duda.

—¿Cuánto desearia poderos conducir allí! Pero es necesario ser conocido, presentado, invitado, y á semejante hora no tengo tiempo para prevenirle, y ademas...

No continuó; enjugó el sudor que corría por su frente y echó á correr.

—¡Pobre hombre! murmuró mi camarada; nosotros llevamos la prudencia hasta la ferocidad.

El origen de Oxford se pierde en la noche de los tiempos; la ciudad era ya antigua en 729, cuando el noble Didano, habiendo perdido á su muger Safrida, fundó una iglesia y un convento cuya dirección dió á su hija Frideswide, que habiendo sido despues canonessa, llegó á ser la patrona de la catedral donde todavia existe su sepulcro.

El colegio de Oxford es uno de los mas vastos y de los mas suntuosos. El colegio de la *Universidad*, propiamente dicho, tiene un aspecto muy extraño con sus dos claustros góticos. La universidad existia ya en el siglo IX bajo Alfredo el Grande, á la cual concedia la octava parte de sus rentas. Poco despues, es decir, en el siglo XIII, Mateo París señalaba á Oxford la presencia de tres mil estudiantes, y esta universidad no habia sido aun enriquecida con los donativos de Guillermo Durham ni de Isabel de Montaiga, que la elevaron al mas alto esplendor.

Pero ¿cómo describir las maravillas de Oxford? Seria necesario un tomo y centenares de grabados para dar una idea de ella. La juventud de Oxford, dicen que es pedante y gastadora; Oxford es un lugar de estudio y de placeres costosos. Nada mas singular que ver circular por las calles antiguos escolares ricamente ataviados.

Oxford es un monumento único, maravilloso y muy poco visitado.

Despues de haber recorrido esta poblacion de los tiempos medios pasamos al camino de hierro, que tardó cinco horas en hacernos recorrer la distancia atravesada por la mañana en hora y media. Los trenes ordinarios se cargan de mercancías, y se detienen mas de media hora en las estaciones para depositar los efectos que llevan. Estas estaciones son tan numerosas que triplican la longitud del tránsito, y si se apercibe de lejos á un viajero retardado, se le espera con una paciencia digna de los cocheros que circulan con sus carruages por Madrid.

Esta lentitud, estos enojos son soportados con una resignación estoica por los ingleses, cuya situación normal es estar viajando. Los ingleses tienen un proverbio que dice: «*La vida es un viage.*»

Una tarde que yo comia con mi amigo W....., cerca de *Burlington-Arcade*, con su hermano, vinieron los dos hijos de este último, jóvenes, el uno de diez y seis y el otro de diez y siete años. Durante la comida hablamos de Alemania, de las orillas del Rhin, de la Holanda... Los niños escuchaban con una atención extraordinaria; tan jóvenes todavia, se preparaban á recorrer estos países. Recibieron de mí algunas indicaciones, y me rogaron que les trazara un buen itinerario, lo que hice al punto y con gusto. Despues de los postres nos levantamos.

—Creo que ya es hora, dijo Mr. W....., no os hagais esperar.

Despues de haberse escusado por dejarme tan pronto, los jóvenes pasaron á la antecámara, tomaron un saco de noche y sus gorras.

—¿Van al campo? pregunté.

—Van al Tirol, á Dresde, á Berlín, á Colonia, á Amsterdam, y se alejan por seis meses, tan poco conmovidos como si fueran sencillamente al teatro. Por parte de los pacien-



tes no hubo ninguna clase de estremos. El tio les apretó la mano diciendo: ¡*God evennig!* el padre les deseó tiernamente un buen viaje y les dió la mano sin abrazarlos.

Nos volvimos á sentar y hablamos otras cosas. Mr. W.... me convidó para que le acompañara á un sarao del cual no podia dispensarse, y como yo me disculpaba por no estar vestido de etiqueta.

—Yo haré, me dijo, que pase vd. por un hombre estravagante.

No quise aceptar. Me recomendó mucho que visitara los castillos feudales de Warwick y de Kenilworth, situados á cien millas de Lóndres, en el centro mismo de Inglaterra, y respondí:

—Iré mañana.

Aquella noche esperaba encontrar á mi amigo de viaje cenando en el restaurant francés. Mi proposicion se ofrecia en momento oportuno, pues Kenilworth y Warwick habian sido elogiados aquel mismo dia por un amigo nuestro, pintor distinguido y el primer cuarelista de este pais. Las cuarelas son cuadros variados y justamente admirados.

Nos fuimos muy temprano con las señas que nos dió este honrado artista, y nuestra buena estrella nos unió al guia que nos faltaba. Era una jóven española, muy vivaracha y atenta.

—¡Compatriotas! exclamó; rara y buena casualidad para una desterrada.

Pronto se hizo el conocimiento: bajó con nosotros y nos condujo por senderos conocidos á las ruinas de Kenilworth. Al mismo tiempo que andábamos nos dijo que se habia casado en Inglaterra y que habitaba en Rugby, pequeña ciudad situada en aquellas cercanías. A la puerta de Kenilworth, esta pequeña hada nos tendió la mano, nos deseó muchas felicidades y desapareció como una centella. Mi compañero la miró huir cantando:

El solitario,  
lo sabe todo;  
todo lo vé  
y en todas partes está, etc.

Kenilworth está casi arruinado: es el palacio del Tiempo; en todas partes están grabadas sus armas; destructor, poético y caprichoso, ha completado el esplendor de estos lugares llenos del recuerdo de Leicester, de Enrique de Lancastre, de Simon de Monfort, de Mortimer, de Isabel, y de aquella Amy Robsart, que Walter Scott ha colocado allí, y cuyo fantástico recuerdo se venera mas que las tradiciones de las crónicas.

Elevado sobre un montículo, en la estremidad de una aldea situada en una llanura verde regada por un bonito riachuelo azul terminado por un lago, y sembrada de grandes árboles, Kenilworth, rodeado de un foso profundo, deja ver sus vestigios amontonados sobre una alfombra de yerbas espesas. La mas vieja de estas torres, cuyas proporciones son inmensas y los muros de una prodigiosa profundidad, tiene en su recinto un bosque de encinas entre rocas, estatuas mutiladas y cornisas. Esta torre cuadrada, llena de agujeros, con galerías, escaleras colgantes, donde las aves de rapiña hacen sus nidos, con puertas, este torreón en fin, se llama la torre de César. Es probable que habitase allí este

rey sajón de Mercia, aquel *Kenelph* de las leyendas, que ha legado su nombre al antiguo castillo.

Mas allá se sube ó se baja á través de muchos escombros; se atraviesa por salones, por salas góticas que reciben la luz del cielo, y cuyas ventanas ogivales son alumbradas en lo interior, en vez de transmitir la luz. En medio de esta ruínosa antigüedad se ven bóvedas, y se encuentran otras salas subterráneas, del pavimento de las cuales salen ramages crecidos y verdes; de este modo la naturaleza ha tomado posesión de su dominio.

Los edificios elevados por Roberto Dadley, conde de Leicester, son mas modernos y de una singular elevacion. Se sufre allí una espantosa tiniebla, se respira la humedad de las cavernas, y se escurre el viagero observador sobre este terreno mojado, donde el gusano en su marcha silenciosa señala incesantemente sus tristes geroglíficos. Levantada la cabeza: contra estas paredes sombrías, con claraboyas acá y allá, se verán los cuerpos de mampostería destruidos á estas horas; se verán las chimeneas con las armas pintadas ó en relieve; los frisos de los aposentos, los crampones donde se suspendian las armaduras, y hasta vestigios de pinturas, cubiertas por el musgo verde, césped sepulcral de las murallas. Generaciones guerreras han pasado sobre nuestras cabezas, y duermen donde nosotros descenderemos á nuestra vez.

En la cima de una inútil escalera que ya casi no existe, la vista recorre sin obstáculo aquellas llanuras, en otro tiempo sombreadas por el bosque de Arden, donde justaron en 1286, en presencia de Eduardo I y de las damas, los cien caballeros, que discípulos siempre de las novelas de caballería, celebraron en Kenilworth la asamblea de la *Tabla Redonda*. La guerra, el amor y la muerte reasumen los anales de este edificio venerando, ora prision, ora ciudadela, que sirvió de teatro á las luchas feudales sostenidas contra Enrique III por Monfort y Hastings. El antiguo barrio del tiempo del feudalismo, pereció con la era antigua, y cayó bajo el hierro de los soldados de Cromwell con los últimos vestigios de las épocas caballerescas.

Tales son las fases de la larga vida de estos monumentos: los reyes reunen allí soldados que los conservan á espensas de los reyes. Despues penetró allí el pueblo á su vez, abre las puertas á los árboles de los bosques, y los árboles atraen allí ruiñesores y poetas.

Kenilworth descrito, llenaria muchas páginas: su historia está en las crónicas é idealizada por las leyendas de otros tiempos. Hemos espresado aqui lo que hemos visto y sentido, y no traducir lo que hemos leído. El viagero ha cogido una flor en su tránsito, respira su perfume, y no la presenta disecada.

Despues de un desayuno poco succulento, y obtenido con dificultad, volvimos á emprender nuestra marcha hasta Leamington. Este viaje de dos minutos, nos trasladó de Kenilworth á Warwick, cabeza de partido del condado. Este lugar parece que está consagrado á la antigua caballería de Inglaterra. De estos dos castillos, el tiempo ha respetado el mas ilustre y el mas extraño. Warwick parece que está situado en el fondo de un laberinto sobre el cual se cree que está sostenido, viéndole inaccesible y fantástico, como uno de los castillos encantados de la Armórica.

Preocupado por la áspera melancolía de estos lugares de misterio y de capricho, me detuve solo en la estremidad de



una doble y ancha calle de cedros enormes que oscurecian mas la noche por su aspecto espeso y sombrío. Luego pasé á la galería de cuadros donde reina todo el interés que puede prestar este sitio. Hay sobre doscientas obras maestras dispersas en estos brillantes salones, que contienen veinte retratos de Van-Dyck.

Los últimos dias de mi residencia los empleé en escursiones. Tenia curiosidad de comparar á Lóndres con las provincias, y de observar la fisonomía particular de las ciudades en los condados inmediatos. La legislación y las costumbres religiosas lo han nivelado todo; el inglés es el mismo en todas partes; los antiguos usos van desapareciendo; lo mismo se vive en Birmingham ó en Bristol que en Lóndres, y se vive en el pais de York como en el Dervshire. Excepto la Irlanda y la Escocia, donde yo no he estado, el viaje á través de las llanuras de la antigua Inglaterra no suministra otro elemento de variedad que los sitios y los monumentos. La ciudad, que tiene la monotonía por apogeo, ha nivelado los condados, como nivelará nuestras antiguas provincias.

En Brighton, donde he estado dos dias, se vive con harto fastidio. Durante el verano, es una ciudad para los baños de mar; y en el invierno una ciudad para baños de agua templada. Abridado hácia el Norte por una cordillera de montañas, Brighton, el Pontpeller de la Gran Bretaña, es una ciudad nueva parecida á Lóndres, con palacios y suntuosos hoteles. Los enfermos acuden allí á la aproximacion de Navidad, y el difunto rey Guillermo IV, se hizo cons-

truir allí un palacio á la turquesca, aun cuando este soberano nada tuvo de turco. En la buena estacion, se bañan en la mar, delante del muelle, que sirve de paseo á la sociedad de ambos sexos. Los hombres se echan al agua completamente desnudos, de lo cual me quedé sorprendido conociendo la rigidez de las costumbres inglesas.

Respecto á este particular, los españoles no pueden menos de sorprenderse, pues la decencia del pais no es mas que una pueril conceiencia; el cinismo está en el fondo de las costumbres; el que haya vivido en Lóndres lo afirmará, pues me repugna probarlo.

De Brighton, un camino de hierro conduce hasta Hastings: en la mitad del camino hay un parage llamado Pevensey, célebre por un poético y viejo castillo, que construyó Guillermo el Conquistador, la primera vez que la isla fué invadida, por uno de los grandes vasallos de la dinastía cautiva. Mas tarde, bajo el reinado de Felipe Augusto, Luis Corazon de Leon, padre de San Luis, tomó tierra cerca de Douvres, se apoderó de Lóndres, y allí fué coronado rey de Inglaterra.

La fatiga y el enojo, me esperaban en Lóndres; cansado de ver y observar, dejé á la Inglaterra una mañana, y despues de una travesía detestable por Calais penetré en los dominios de Francia.

Pasé seguidamente á Paris, luego á Marsella, despues á Barcelona, y últimamente vine á Madrid con intento de publicar mis observaciones, lo que al fin he verificado.

F. V.



Vista de San Leonardo.